

TRABAJO FIN DE GRADO

GRADO EN HISTORIA

CURSO 2020-21

# El patrimonio arqueológico del Parque Nacional del Teide

**Trabajo realizado por:** César Hernández Borges

**Tutorizado por:** Matilde M. Arnay de la Rosa y M<sup>a</sup> Esther Chávez Álvarez

La Laguna, junio de 2021

# ÍNDICE

	Página
<b>Resumen</b> .....	2
1. Introducción .....	3
2. Objetivos .....	4
3. Metodología .....	6
4. El espacio geográfico .....	7
5. Antecedentes .....	8
<i>5.1. El interés científico y arqueológico del Teide y su entorno</i> .....	8
<i>5.2. Primeras interpretaciones sobre el poblamiento prehispánico</i> .....	10
<i>5.3. La creación de un proyecto arqueológico para el Parque Nacional del Teide</i> .....	12
6. Resultados .....	14
<i>6.1. Ocupación humana y patrimonio en la alta montaña de Tenerife. Evidencias arqueológicas</i> .....	14
<b>6.1.1. Espacios habitacionales</b> .....	14
<b>6.1.2. Espacios funerarios</b> .....	18
<b>6.1.3. Espacios de producción</b> .....	21
<b>6.1.4. Producción cerámica</b> .....	24
<b>6.1.5. Aprovechamiento de recursos bióticos</b> .....	26
<b>6.1.6 Caminos y vías de comunicación</b> .....	33
<i>6.2. Las cronologías. Evolución diacrónica del poblamiento</i> .....	37
7. Conclusiones y consideraciones finales .....	39
8. Bibliografía .....	42
<b>Legislación</b> .....	46

## Resumen

Las investigaciones realizadas sobre el patrimonio arqueológico del Parque Nacional del Teide (Tenerife) han permitido arrojar luz en la cuestión de cómo se desarrolló la ocupación humana en ese territorio de alta montaña, tanto en época prehispanica como después de la conquista de Tenerife. Basándonos en los datos aportados por dichas investigaciones, este trabajo tiene como objetivo explicar las prácticas socioeconómicas que mantendrían las comunidades que habitaron este espacio, hoy integrado en el Parque Nacional del Teide. Por otra parte, planteamos que ese patrimonio arqueológico constituye un *corpus material* que, además de explicar el modo de vida, permite trazar el desarrollo histórico pre y post conquista. Si bien ha tendido a valorarse más su faceta paisajística que su rico patrimonio arqueológico, esta consideración ha empezado a cambiar en los últimos años, con la aparición de nuevas investigaciones que ponen de relieve la importancia de este espacio para las poblaciones que allí dejaron su huella.

**Palabras clave:** arqueología, ocupación humana, territorio, humanización, desarrollo histórico

## Abstract

Research into the archaeological heritage of the Teide National Park (Tenerife) has shed light on the question of how human occupation developed in this high mountain territory, both in pre-Hispanic times and after the conquest of Tenerife. Based on the data provided by this research, the aim of this paper is to explain the socio-economic practices maintained by the communities that inhabited this area, which is now part of the Teide National Park. On the other hand, we propose that this archaeological heritage constitutes a material corpus which, in addition to explaining the way of life, allows us to trace the pre- and post-conquest historical development. Although its landscape aspect has tended to be more highly valued than its rich archaeological heritage, this consideration has begun to change in recent years, with the appearance of new research that highlights the importance of this area for the people who left their mark there.

**Key words:** archaeology, human occupation, territory, humanisation, historical development

## 1. Introducción

Cuando se piensa en un espacio tan significativo como el Parque Nacional del Teide (en adelante PNT)<sup>1</sup>, es habitual que sólo destaquemos su valores naturales y paisajísticos. Sin negar la importancia que tiene a ese nivel, por toda una serie de factores medioambientales que lo hacen único y relevante en el campo de las ciencias naturales, existe un patrimonio más allá del natural, que puede pasar desapercibido para quienes no tienen inquietudes históricas. En efecto, nos referimos al patrimonio arqueológico, que hace trascender cualquier categorización que solo tenga en cuenta los valores naturales.

Ahora bien, ese patrimonio arqueológico no puede desvincularse de una ocupación humana en el ámbito de la alta montaña de Tenerife. La génesis de las evidencias históricas que podemos encontrar tiene su explicación en el desarrollo de unas actividades socioeconómicas. Es decir: el territorio que hoy integra el PNT tuvo un significado para los grupos humanos que lo habitaron, por la disponibilidad de una serie de recursos naturales que permitirían el desarrollo de tales prácticas.

De manera que hablamos de un proceso histórico que se inicia con la llegada de los guanches y continúa con la conquista-colonización castellana en época bajomedieval y renacentista, teniendo como eje el gran estratovolcán Teide. El desarrollo de tales actividades socioeconómicas ha dejado un rico patrimonio histórico que hoy constituye uno de los bienes más preciados del Parque Nacional del Teide (Arnay *et al.*, 2017a: 108-109). Un rasgo definitorio es que dicho patrimonio se encuentra en forma de evidencias arqueológicas, por lo que es susceptible de ser estudiado con la metodología que le corresponde.

La principal premisa de este trabajo es comprender que la existencia del patrimonio arqueológico del Parque Nacional del Teide no debe sorprendernos, ya que viene a decirnos que ese territorio fue explotado por grupos humanos en una ocupación mucho más prolongada de lo que puede pensarse. Las investigaciones cuyo objeto de estudio ha sido ese patrimonio arqueológico han contribuido, por un lado, a responder las cuestiones que se plantean sobre el poblamiento del PNT; y, por otro, a la comprensión de que tal

---

<sup>1</sup> El Parque Nacional del Teide es la delimitación administrativa del territorio que concentra las evidencias arqueológicas de una ocupación humana en nuestro ámbito de estudio: la alta montaña de Tenerife.

patrimonio evidencia una *humanización* del territorio. En consecuencia, ese patrimonio constituye la base para definir e interpretar los aspectos de la ocupación humana.

En las últimas décadas parece haberse consolidado la relación entre los términos “ocupación humana” y “patrimonio arqueológico”. Y es que no contábamos con evidencias firmes para poder hablar de una presencia humana que hiciera uso del entorno con fines sociales y económicos, tomando forma la idea de una continua humanización, cuyo inicio parece estar, como veremos, en los primeros siglos de la etapa prehispanica.

## 2. Objetivos

La premisa de este trabajo es explicar, a partir de las investigaciones arqueológicas, qué aspectos definen la ocupación humana en el Parque Nacional del Teide. Hacemos hincapié en que ese patrimonio arqueológico, constituido por evidencias prehispanicas e históricas, no solo permitiría interpretar la humanización de dicho espacio, sino también trazar su evolución histórica entre dos épocas distintas. Aunque la frontera cronológica para distinguir ambos tipos de evidencias es el final de la conquista de Tenerife, las evidencias más claras sobre el inicio de una ocupación histórica en la cumbre datan del primer decenio del siglo XV, no habiendo testimonios que hablen de una ocupación que empiece inmediatamente tras el fin de la conquista (García, Núñez, Quirantes, 2015: 100). Por tanto, otro de los puntos a tratar sería la evolución diacrónica.

Ante todo, conviene hacer una aclaración sobre los límites cronológicos de este trabajo. Podemos decir que, a día de hoy, seguimos teniendo ocupación humana en el PNT y existen restos de actividades de cronología más reciente que podrían estudiarse por metodología arqueológica. Esto justificaría que nuestro trabajo también abarcara las vicisitudes más recientes sobre la humanización del territorio. Pero aquí nos referiremos a las evidencias arqueológicas adscritas a la época aborigen y aquellas derivadas de las nuevas formas de explotación introducidas tras la colonización castellana.

Esto atiende a dos razones: la primera es que las evidencias de época aborigen expresan formas de explotación y ocupación del territorio que se desarrollaron antes de la conquista, pero también se mantuvieron durante los primeros siglos de la colonización, paralelamente a las prácticas que introdujo la sociedad catellano-europea. La segunda razón es que estos aspectos de las etapas prehispanica e histórica han sido los mejor

estudiados en el ámbito arqueológico del PNT, disponiendo de una información más amplia y contrastada. Pero hay algo de suma importancia que reflejan esas evidencias de época aborigen y los primeros siglos de la colonización: una serie de continuidades y rupturas que definirán la presencia humana en el PNT.

No por ello debemos pensar que las más recientes formas de ocupación y explotación del territorio -como pueden ser las vinculadas al turismo o la observación astronómica y meteorológica- sean menos interesantes. De hecho, a partir de ellas podemos afirmar que la humanización del Parque Nacional del Teide sigue a día de hoy. Pero hablar de una humanización continua solo tiene sentido si echamos la vista atrás y nos vamos a la época prehispanica, donde parecen estar los orígenes de esa ocupación humana, y los primeros siglos de la colonización, donde encontramos pruebas que explican por qué siguió explotándose y ocupándose un territorio que se consideraba marginal.

En resumen, trataremos de presentar cuáles son las evidencias arqueológicas de la ocupación humana en el Parque Nacional del Teide, tocando así la vertiente histórica de un espacio del que ha tendido a valorarse más su faceta natural y paisajística. De esta manera, explicando cada uno de los aspectos de esa ocupación humana y que ha evidenciado la investigación arqueológica, podemos ampliar la visión o idea que tenemos de este fenómeno histórico, cuyo ámbito geográfico es la alta montaña de Tenerife.

A partir de los estudios sobre el patrimonio arqueológico del Parque Nacional del Teide, expondremos qué tipo de prácticas socioeconómicas mantendrían los grupos humanos en su presencia en la cumbre tinerfeña. Dicho en otras palabras: se trata de entender que los datos obtenidos por estas investigaciones constituyen también evidencias empíricas para comprender el desarrollo histórico del territorio al que nos referimos.

Como hemos dicho, no sería posible interpretar la ocupación humana sin el estudio de ese patrimonio arqueológico. Pero no es menos cierto que ese análisis histórico debe incluir, además de las arqueológicas que son el eje de nuestro trabajo, otro tipo de fuentes como son las escritas, etnográficas o geoarqueológicas. En las páginas que siguen veremos ejemplos de esa relación entre las evidencias arqueológicas y fuentes de distinta naturaleza.

### 3. Metodología

La información contenida en este trabajo se ha obtenido a partir de la búsqueda bibliográfica en diferentes bases de datos. Principalmente se utilizó la web del *PuntoQ*, el portal de búsqueda de la Universidad de La Laguna, pues nos dirigía a la documentación que a su vez se encontraba en otras bases de datos como *DIALNET* o *ScienceDirect*. La bibliografía cuyo acceso no estaba disponible en la web ha podido conseguirse gracias a la inestimable ayuda de las tutoras.

La bibliografía escogida se ha basado fundamentalmente en artículos de síntesis sobre las investigaciones arqueológicas en el Parque Nacional del Teide y otros especializados en los aspectos que se expondrán en los resultados. La importancia de estos artículos está en que han contribuido a definir el tema de este Trabajo Fin de Grado y han aportado información sobre aspectos muy concretos (dieta, procesos productivos de industria lítica, configuración de los espacios habitacionales, etc.), respectivamente. Junto a esos artículos más concretos también hemos de situar la tesis doctoral de C.M. Hernández Gómez (Hernández, 2005) sobre la industria lítica en la isla de Tenerife. Asimismo, fueron consultados apuntes generales sobre la ocupación humana en el Parque Nacional del Teide, tratándose de capítulos dentro de obras dedicadas al Parque Nacional o compendios científicos. Para los antecedentes también se consultaron fuentes de carácter historiográfico, como aquellas que abordaban los trabajos de Luis Diego Cuscoy en Las Cañadas y reediciones de fuentes más antiguas como las de Alonso de Espinosa.

A la hora de seleccionar la información, nos hemos centrado en los resultados de las investigaciones, pues en ellos se explican las características de las evidencias arqueológicas y qué nos dicen respecto a la ocupación humana. No obstante, también se harán algunas menciones sobre la metodología arqueológica empleada en estas investigaciones, al objeto de tener una idea de cómo se han obtenido los datos.

El trabajo tendrá la siguiente estructura: en primer lugar, tras una breve introducción, los objetivos y la metodología, situaremos los antecedentes de la investigación arqueológica en nuestro ámbito de estudio, ya que constituyen los pasos previos a las investigaciones que, en las últimas décadas, han ido definiendo con mayor precisión los aspectos de la ocupación humana en época aborigen y tras la conquista de Tenerife. Y es que antes de hablar sobre los avances realizados en los estudios del patrimonio arqueológico, debemos

tener en cuenta las primeras referencias e interpretaciones, ya que fueron marcando el camino hacia el conocimiento que actualmente tenemos de este tema.

Una vez expuestos los antecedentes, pasaremos a tratar los aspectos de la ocupación humana evidenciados por la investigación arqueológica. De manera conjunta, hablaremos sobre las discusiones que se plantean en torno a estos aspectos. La parte final del trabajo estará dedicada a las conclusiones, donde hablaremos de las consideraciones que pueden hacerse sobre las evidencias arqueológicas, tanto en lo que concierne a su interpretación histórica como a la gestión patrimonial.

#### 4. El espacio geográfico

La relación, no siempre visible, entre las evidencias arqueológicas y el territorio donde han sido encontradas, nos lleva a definir primero su contexto geográfico. En terminología geográfica, el relieve de Tenerife da lugar a lo que se ha denominado una “doble isla”. Por encima de los 1.700 m.s.n.m., nos encontramos con un marco geográfico completamente distinto al que existe por debajo de esa cota: el de la alta montaña, con un clima propio y un dominio biogeográfico definido por el retamar-codesar (Criado *et al.*, 2015: 176). Se caracteriza este espacio por un gran circo montañoso, conocido como la Caldera de Las Cañadas, con altitudes entre los 1.200 y 2.700 m, que alberga en su centro al estratovolcán Teide (3.718 m). Es en este espacio donde se ubica el Parque Nacional del Teide (Pou *et al.*, 2015: 310). Las condiciones medioambientales, nos hablan de un territorio hostil donde los grupos humanos tendrían que lidiar con el déficit hídrico.

La humedad relativa es inferior a la de zonas más bajas de Tenerife (menos del 30%) con una distribución mensual que muestra variaciones estacionales, así como unas temperaturas que oscilan de los más de 30°C a los -10°C -con variaciones entre las diferentes zonas del parque-. Las precipitaciones medias anuales rara vez superan los 500 mm y una acusada sequía estival marca los meses de abril a septiembre, cayendo un tercio de la lluvia anual en diciembre. Los bordes del Parque Nacional, más expuestos a los vientos que traen las precipitaciones, registran totales medios anuales algo más elevados que los de las estaciones situadas más al interior, que no alcanzan los 400 mm/año. A eso hay que sumarle la nieve como característica de la alta montaña y la variabilidad interanual de precipitaciones (CV 51,97%), dándose períodos por encima de la media y otros muy por debajo. Los déficits hídricos, según los cálculos de evapotranspiración y

su comparación con las medias de precipitaciones mensuales, son incluso inferiores a los reales, al no reflejarse el papel del viento, la poca humedad atmosférica y la aguda insolación.

Las escasas precipitaciones y el carácter volcánico reciente del 70% del Alto Tenerife explican la mediocridad de los procesos hidrológicos superficiales. El mayor número de cauces se asocia a pequeñas cuencas de recepción en la pared de Las Cañadas, donde se encontrarían la mayor parte de los manantiales aprovechados por la población aborígen. Otra de las características tiene que ver con la geología, elemento que condiciona la existencia de cuevas, que no son muy abundantes en el Alto Tenerife. La escasez de refugios rocosos (cuevas y abrigos) explicaría la mayor presencia de cabañas prehispanicas, que podían ser edificadas en función de la necesidad de sus constructores (Criado *et al.*, 2015: 177-180).

En otras palabras, estas características medioambientales condicionarían la manera en que los grupos humanos han tomado contacto con este territorio. De ahí que contemos con un registro arqueológico determinado. De manera que nos asalta la pregunta: ¿cómo se adaptarían a este medio las poblaciones que habitaron el Alto Tenerife? Las investigaciones realizadas sobre el patrimonio arqueológico del Parque Nacional del Teide, mediante estudios interdisciplinarios, han permitido conocer e interpretar las posibles estrategias llevadas a cabo por esos grupos humanos.

## 5. Antecedentes

### ***5.1. El interés científico y arqueológico del Teide y su entorno***

¿Desde cuándo ha sido un tema de estudio el poblamiento en la alta montaña tinerfeña? No parece haber atención académica hasta mediados del siglo XX. Nadie se preguntó acerca de los vestigios resultantes de esos procesos de humanización que, durante siglos, tuvieron lugar en dicho espacio, integrado desde 1954 en el Parque Nacional del Teide (D/1954, de 22 de enero). Hasta bien entrado el siglo XX no hubo un afán por documentar, estudiar e interpretar el material arqueológico derivado de esas actividades humanas.

Ahora bien, antes de esa fecha el Teide y su entorno fueron objeto de estudio por parte de científicos europeos. Pero era este un interés propio de expediciones científicas de la época romántica, que abarcaba un amplio espectro de observaciones e indagaciones -

algunas de carácter geográfico, como determinar la posición del meridiano cero- y que dejaba de lado la historia de las poblaciones que dejaron su huella allí (Méndez Pérez, 2000: 17).

No obstante, contamos con testimonios escritos en los que, en fechas tempranas de la colonización, se describen algunas de las actividades llevadas a cabo por los grupos humanos que habitaron Las Cañadas. Así, a finales del siglo XVI Gaspar Frutuoso nos da su testimonio acerca de prácticas funerarias guanches en las cumbres de Tenerife (Frutuoso, 2004, [1590]: 77-78). Un siglo más tarde, Marín de Cubas nos habla de sepulcros en el pico del Teide, así como del vínculo entre el espacio volcánico y la religiosidad aborigen (Marín de Cubas, 1993 [1694]: 220-222). Fuentes previas, como la de Alonso de Espinosa, no hablan directamente de la presencia humana, sino que refieren, aunque muy superficialmente, movimientos estacionales de población aborigen desde la costa hasta la cumbre, sin mencionar directamente al Teide (Espinosa, 1980: 42).

Estos testimonios describen vestigios de primigenia actividad humana durante la época prehispanica, en un espacio que fue considerado *marginal* hasta la contemporaneidad. Esa idea de un territorio “al margen” del resto de la isla -marcado por unas difíciles condiciones de hábitat- perduró de tal forma que, salvo alguna excepción, los archivos históricos de Tenerife no refieren datos acerca del aprovechamiento de recursos en Las Cañadas hasta finales del siglo XVIII, aún cuando se conocía la existencia de prácticas ganaderas desde época prehispanica y siguieron utilizándose las zonas de pastos antaño frecuentadas por la población aborigen (García *et al.*, 2015: 100).

De hecho, son escasas las referencias textuales sobre la presencia aborigen en la cumbre tinerfeña. Esa escasez en las fuentes etnohistóricas contrasta con la gran cantidad de evidencias arqueológicas que hacen de Las Cañadas un gran complejo arqueológico y que derivan de años de ininterrumpida actividad humana (Clavijo y Navarro, 2017: 483). Por el contrario, los textos conservados, además de las citadas alusiones a contextos funerarios, solo refieren desplazamientos costa-cumbre, su carácter estacional y posible organización (Arnay y González, 2006: 320-322).

A partir del siglo XVIII, pero sobre todo en el XIX, comienzan a descubrirse cuevas sepulcrales de montaña, que son descritas por historiadores de la época, como Juan Bethencourt Alfonso (Arnay y González, 2009: 772). El período en que encontramos más alusiones sobre contextos funerarios es el que va desde finales del siglo XVIII hasta

principios del XX. Contamos con los testimonios, entre otros, de Viera y Clavijo, S. Berthelot, J. A. Álvarez Rixo, R. Verneau o K. von Fritsch. Las referencias decimonónicas sobre cuevas sepulcrales con muchos esqueletos y momias han llevado a relacionarlas con espacios que hoy se piensa que fueron grandes necrópolis, como la Cueva de El Salitre o la del Llano de La Maja. De hecho, gracias a las pistas aportadas por K. von Fritsch se ha reconocido el carbonato sódico, también llamado “natrón” o popularmente “salitre”, que daría nombre a la famosa cueva (Pou *et al.*, 2015: 309-310).

La verdadera comprensión de un espacio históricamente humanizado vendría de la mano de Luis Diego Cuscoy (1907-1987). A mediados del siglo XX, el insigne arqueólogo y científico social se vincularía a la Comisaría Provincial de Excavaciones Arqueológicas, de la que pasó a ser Comisario Provincial en 1951. El acceso de Diego Cuscoy a los estudios arqueológicos en Tenerife trasciende la casualidad: su poca afinidad con el régimen franquista mermó sus opciones para desarrollar innovaciones en la docencia, De manera que busca en la arqueología canaria satisfacer sus inquietudes científicas, motivado por la falta de estudios que había en ese campo desde el siglo XIX y teniendo como mentor al profesor Elías Serra Ràfols (Clavijo y Navarro, 2017: 483-484).

## ***5.2. Primeras interpretaciones sobre el poblamiento prehispánico***

Las primeras hipótesis interpretativas sobre el poblamiento prehistórico de Las Cañadas fueron elaboradas por Luis Diego Cuscoy, a partir de los datos obtenidos en las campañas de prospección y excavación llevadas a cabo entre 1945-1963. Ya se tenía conocimiento de hallazgos arqueológicos guanches, como cerámicas y molinos de mano, descubiertos por personas que frecuentaban Las Cañadas como parte de sus prácticas subsistenciales, basadas en el aprovechamiento de recursos naturales de la alta montaña (Arnay y González, 2009: 768). Que tales restos arqueológicos carecieran de estudios previos se debe a que Las Cañadas había permanecido “al margen” por la falta de vías de comunicación que facilitarían el acceso a un territorio prácticamente virgen.

Tal y como mencionan los primeros informes sobre los trabajos arqueológicos (que formaron parte del Plan Nacional de excavaciones arqueológicas de 1944-1945), cazadores y pastores corrieron la voz acerca del descubrimiento de *huellas guanches* en Las Cañadas (Álvarez Delgado, 1947: 37). Guiado por la información de pastores como Juan Évora, Luis Diego Cuscoy inicia sus trabajos en septiembre de 1945 en la zona de

Cañada Blanca, marcando los criterios a seguir en las siguientes labores de campo: coladas y orificios volcánicos deben ser mirados con lupa, pues ocultan evidencias de la época aborígen como cerámicas y molinos de mano. Durante esta primera campaña también trabajó en la Cueva del Salitre, enclave funerario en el que Diego Cuscoy constató una de las consecuencias del aprovechamiento histórico de yacimientos aborígenes: el material arqueológico se hallaba removido, quizá por la gente que acudía allí a extraer el salitre utilizado en la fabricación de jabón.

Entre 1946 y 1959 prosiguen los trabajos en Las Cañadas, destacando los realizados en la necrópolis del Llano de La Maja en 1946. En este enclave, expoliado con anterioridad según los pastores -primeros informantes de Diego Cuscoy-, halló un cuerpo más o menos intacto acompañado de un ajuar, del que pudo determinar algunos de los aspectos que componen el ritual funerario aborígen. Tras una tercera intervención en el mismo yacimiento, en 1963 concluyen las campañas arqueológicas en Las Cañadas. Los años siguientes hasta la publicación de *Los Guanches* (1968) los dedicará a vertebrar las claves del modo de vida guanche, siendo cruciales los datos obtenidos allí.

Esa información arqueológica sustentará en gran parte el discurso sobre una “economía pastoril guanche” (Clavijo y Navarro, 2017: 484-489), apoyado a su vez en las informaciones que Diego Cuscoy obtuvo de sus encuestas y entrevistas a pastores tinerfeños (Navarro y Clavijo, 2013: 63). En los capítulos XIII y XIV de *Los Guanches* desarrolla su principal hipótesis sobre la presencia aborígen en Las Cañadas del Teide: este espacio funcionaría como una importante zona de uso colectivo, fuera de los límites de los menceyatos, con una función primordial de pastoreo estival, pero donde también habría una importante interacción social entre gentes de las diferentes comarcas.

La fuerza de esta teoría se ha hecho notar en el pensamiento arqueológico canario. Muchos estudios posteriores a Diego Cuscoy han insistido en que Las Cañadas no sería una zona exclusivamente de pastoreo (Navarro y Clavijo, 2008: 29), reforzando, matizando y completando las observaciones que realizó Luis Diego Cuscoy, las cuales podemos resumir en: la existencia de importantes enclaves funerarios, un particular hábitat temporal formado por cabañas, refugios y abrigos de carácter provisional; la presencia de escondrijos vinculados con los asentamientos que contienen objetos como vasos cerámicos; y la existencia de canteras-taller para la fabricación de utensilios líticos (Arnay y González, 2009: 317-318).

### ***5.3. La creación de un proyecto arqueológico para el Parque Nacional del Teide***

En los años ochenta se produjeron importantes cambios teórico-metodológicos en la arqueología canaria, que coincidieron con una renovación en los estudios de Las Cañadas. La creación del Parque Nacional del Teide en 1954 supuso un paso adelante en la protección y estudio de sus valores naturales, pues se llamaba a poner fin a prácticas tradicionales que, hasta entonces, continuaban realizándose en perjuicio del medio. El propio Luis Diego Cuscoy apoyaría la declaración del Parque Nacional y promoviendo la idea de que el patrimonio arqueológico se incluyese entre los bienes a proteger. De poco le valió aquel esfuerzo, pues siguieron quedando en un segundo plano aquellos bienes relacionados con la ocupación humana y el desarrollo histórico (Navarro y Clavijo, 2008: 17).

Tuvieron que pasar décadas hasta que se implantara una verdadera política de protección patrimonial. Muchos coinciden en señalar que fue en la década de 1980 cuando se dio el impulso definitivo a la elaboración de inventarios arqueológicos en España, con la reestructuración territorial y la creación del Estado de las Autonomías, y una vez realizadas las transferencias en materia de patrimonio histórico a las Comunidades Autónomas. Los primeros inventarios arqueológicos de Las Cañadas del Teide se remontan al año 1982, en el marco de un proyecto arqueológico para el Parque Nacional, que integró el trabajo “Arqueología de la alta montaña de Tenerife: un estudio cerámico” de Matilde Arnay de la Rosa en el que se definen con mayor precisión los caracteres formales y tecnológicos de la cerámica guanche y se amplía el conocimiento de la distribución de las evidencias arqueológicas (Arnay, 1982).

Pero es realmente a partir de los años noventa cuando se pone en marcha un proyecto estable de colaboración entre la Universidad de La Laguna, a través del Departamento de Prehistoria, Antropología e Historia Antigua, y la Administración del Parque Nacional para la elaboración de su Carta Arqueológica. Desarrollada en distintas fases (1989-1997 y 2004-2007), el inventario del Parque Nacional ha avanzado bastante desde la incorporación de los tratamientos informáticos, como la cartografía digital y los SIG, que han sustituido gradualmente a los inventarios en papel (Arnay y González, 2008: 1251-1253).

Otro de los cambios tiene que ver con el conocimiento de la ocupación y las actividades humanas desarrolladas tras la conquista de Tenerife. Si bien el propio Luis Diego Cuscoy

había hecho hincapié en la importancia de estos aspectos de la etapa “histórica” -sobre todo lo relativo al pastoreo tradicional y su continuidad desde época aborígen-, nunca fue un tema prioritario en la investigación arqueológica. En los primeros inventarios del proyecto anteriormente mencionado, se empieza a destacar la existencia de “yacimientos históricos”, en general, refiriendo el grado de coincidencia o reutilización que suponía con respecto a los enclaves aborígenes, e intentando establecer la alteración que, en cierto modo, se había ejercido en los yacimientos prehispánicos. La Carta Arqueológica de 2007 contabiliza un total de 1.100 yacimientos, de los cuales 280 aparecían catalogados como históricos (Arnay y González, 2009: 768-770).

Los inventarios, además de constituir una eficaz herramienta para la gestión del patrimonio arqueológico, han permitido abordar nuevas perspectivas para el conocimiento histórico del espacio que hoy integra el Parque Nacional del Teide. Lo cierto es que, en los últimos años, se ha puesto más énfasis en la dimensión espacial y territorial de la investigación histórica de los guanches en la cumbre que en trazar una perspectiva diacrónica de su desarrollo social en la cumbre. Las razones estriban en la escasez y dificultad de disponer de una serie de dataciones absolutas y la falta de excavaciones arqueológicas programadas de forma continuada en distintos contextos de ocupación. Ahora bien, más que dejar de lado el estudio de las cronologías, obtener nuevas dataciones absolutas ha sido uno de los objetivos de las últimas investigaciones (Arnay *et al.*, 2017a: 109-110).

A raíz de los mencionados cambios teórico-metodológicos en los años ochenta, surgen nuevas líneas de investigación que tratan diferentes aspectos de la ocupación humana en el Parque Nacional del Teide. No sólo con los estudios cerámicos, sino también con otros sobre la explotación de la obsidiana por los aborígenes, iniciados en la década de los ochenta por la Dra. Bertila Galván Santos. Estas investigaciones se centraron en el estudio de los grandes centros de producción, localizados en las inmediaciones del Teide y Las Cañadas. Sus resultados, además de establecer los caracteres morfológicos, tecnofuncionales y la implicación social de la obsidiana en el mundo aborígen, han permitido observar la amplia distribución insular de esta materia prima (Arnay y González, 2008: 1251).

Otra de las líneas temáticas destaca el papel sagrado del Teide y el significado religioso de su entorno como parte de la cosmovisión guanche, a partir del análisis de documentación escrita y fuentes arqueológicas (Tejera Gaspar, 1988: 15). No vamos a

entrar en hacer valoraciones respecto a cuál de estas líneas temáticas ha sido más importante en la investigación de la ocupación humana; considerémoslas como innegables aportaciones para interpretar desde distintos puntos de vista cuáles serían sus motivos, tanto en la etapa prehispánica como después de la conquista.

## 6. Resultados

### ***6.1. Ocupación humana y patrimonio en la alta montaña de Tenerife. Evidencias arqueológicas***

Si bien se han propuesto distintas causas para explicar la presencia humana en el PNT, el registro arqueológico nos deja claro que esta fue intensa y continuada, siendo, además, un ejemplo de las formas de vida guanches y su adaptación a un hábitat particular: el volcánico (Arnay y González, 2006: 322). En ese medio interactuaron distintos grupos humanos: primero los aborígenes guanches y luego estos en forma de “alzados”, junto a gentes ya integradas en las nuevas formas socioeconómicas.

Esas prácticas han quedado reflejadas en un registro que comprende tanto evidencias aisladas como conjuntos arqueológicos. Los resultados obtenidos por estas investigaciones han permitido ir acotando y definiendo de manera más precisa los aspectos que concretan la ocupación humana en el PNT, siendo esta ha sido una labor que ha durado más de cuatro décadas, donde la interdisciplinariedad ha sido uno de los puntos clave a la hora de estudiar el patrimonio arqueológico.

#### **6.1.1. Espacios habitacionales**

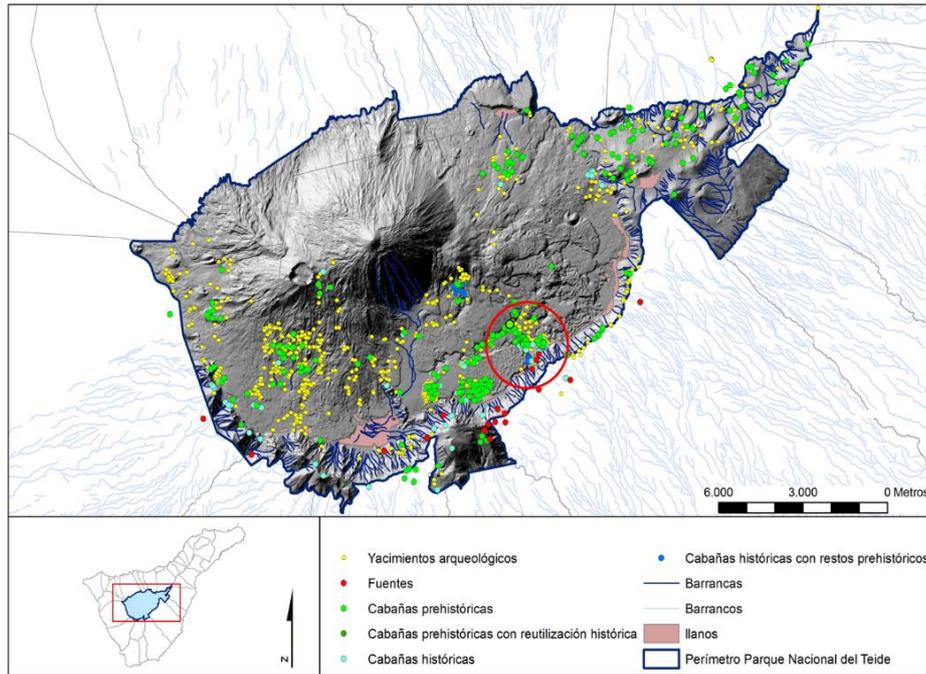
Los más representativos y numerosos dentro del contexto arqueológico del Parque Nacional del Teide son los yacimientos de superficie de carácter habitacional, concentrándose en algunos sectores relevantes por la disponibilidad de recursos naturales. La “cabaña”, de planta circular u oval, adosada o exenta, es la estructura más frecuente. Aunque constituye uno de los modelos de hábitat aborigen -y ya eran descritas en crónicas posteriores a la conquista-, desde la excavación en el Valle de Chafarí realizada por Bertila Galván en los años ochenta no habían sido estudiadas en profundidad (Arnay *et al.*, 2017a: 114-115), siendo a partir de 2012 cuando comienzan a estudiarse de forma sistemática

Las cabañas de la alta montaña se han relacionado con un hábitat temporal, derivado de la movilidad pastoril y el aprovechamiento estacional de pastos de montaña. Pero esta definición -derivada de los planteamientos de Diego Cuscoy- resulta hoy muy genérica y responde al escaso conocimiento que se tenía sobre estos espacios y sus elementos constitutivos, como las estructuras de combustión en torno a las que se articula el espacio interno. Las últimas investigaciones han permitido documentar nuevas tipologías y definir nuevas categorías de análisis, planteando otras dinámicas de ocupación donde el pastoreo se complementaría con otras actividades.

La alta montaña -junto al litoral- concentra gran parte de las estructuras definidas como domésticas, mostrando que la elección de su emplazamiento atiende a la búsqueda de un amplio dominio visual, ubicándose en lomos y promontorios. Las técnicas constructivas se basan en la utilización preferente de afloramientos rocosos naturales, donde se adosan las estructuras, así como en la disposición y encaje de los bloques, y en el uso de ripio sin alterar como relleno de los muros. Las plantas son de morfología circular u oval, presentando un espacio interior previamente acondicionado y pudiendo existir otras construcciones anexas. Suelen emplearse clastos y bloques volcánicos encajados sin argamasa, sin apenas transformaciones del soporte natural.

En otras cabañas, los muros son sustituidos por paramentos con huecos de poste que nos hablan del uso de ramajes, pieles y la existencia de una cobertura percedera y de extensión parcial, a modo de jaima. Ahora bien, el deterioro que afecta muchas de estas estructuras de superficie, de adscripción aborigen, unido al grado de reutilización que presentan, no ha permitido definir un patrón arquitectónico que indique sus características constructivas (Marrero *et al.*, 2017: 478-480).

Desde el punto de vista arqueológico se ha distinguido entre las construcciones “prehispánicas” e “históricas”, existiendo algunos sectores donde se concentra un número notable de cabañas. Un rasgo que diferencia a ambas tipologías es su ubicación con respecto a las fuentes de aprovisionamiento hídrico: se ha observado en las áreas de mayor densidad de cabañas aborígenes, como en la Cañada de la Grieta o en Cañada Blanca, una relativa lejanía de los manantiales. Ese patrón se modifica en las cabañas históricas, situadas en zonas llanas y cerca del camino (**Fig. 1**). La elección de lugares con mayor visibilidad y de difícil acceso -en *malpaís*- por parte de los guanches se ha asociado a la necesidad de un amplio control visual del entorno, que explicaría esa elección estratégica (Criado *et al.* 2015: 180).



**Fig. 1.** Distribución de yacimientos arqueológicos y del hábitat prehistórico e histórico por el territorio del Parque Nacional del Teide. Cimagen cedida por M. Arnay.

En lo que atañe a la diversidad tipológica y de las categorías de análisis en los espacios habitacionales, es paradigmático el caso de una estructura de superficie -cabaña- situada en la Montaña de Chasogo (límite NO del parque) (**Fig. 2**), cuya naturaleza parece alejarse de las características consideradas habituales en yacimientos domésticos ya conocidos, resultando mucho más compleja (Arnay *et al.*, 2017a: 117-118). Chasogo cuenta con el primer registro completo y detallado de un yacimiento de estas características, donde los procesos postdeposicionales en relación con el uso del fuego son el denominador común tanto en la formación como en la destrucción de este (Marrero *et al.*, 2017: 486).



**Fig. 2.** Cabaña de Chasogo, con la estructura de combustión central. Imagen cedida por M. Arnay.

Frente a las estructuras de superficie, el hábitat en cuevas no resulta tan importante o abundante, pues escasean aquellas en condiciones aptas de habitabilidad (Criado *et al.*, 2015: 179-180). No obstante, la investigación ha inventariado un buen número de cuevas y abrigos con signos de haber sido utilizados, mostrando su importancia como espacio habitacional en la cumbre. Uno de los últimos estudios se realizó en el tubo volcánico localizado en las coladas de la vertiente sur del edificio Teide Viejo y al norte de los Roques de García (**Fig. 3**). Los resultados indicaron una serie de eventos de combustión en diferentes fases y concentrados en distintas zonas de esta cavidad volcánica de grandes dimensiones y con un importante depósito arqueosedimentario (Arnay *et al.*, 2017a: 116-117).



**Fig. 3.** Cueva habitacional de Los Roques de García.  
Imagen cedida por M. Arnay.

Si bien estos estudios pretenden reseñar el grado de importancia de las cuevas naturales como lugar de hábitat, parece evidente que su escasez condicionaría la manera en que los grupos humanos de época prehistórica e histórica se asentaron en un medio tan hostil como el del PNT. Y es que en época histórica sigue siendo notable el uso de estructuras de superficie. Los pastores, cuyos testimonios orales han sido cruciales para conocer las características del hábitat histórico, se refieren a estas con el nombre de “chozas”, que pueden ser exentas (relativamente escasas) o adosadas a algún roque o pared natural (Lorenzo Perera, 1990: 310-313)

Ya hemos mencionado que una de las claves en cuanto a la distribución espacial de estas estructuras históricas es su proximidad a los manantiales. Abundan esas fuentes por la pared sureste de Las Cañadas, siendo de pequeño caudal -cuyos máximos tendrían lugar

en verano, cuando las aguas invernales se han filtrado hasta la capa impermeable-. Las encontramos en la Cañada de La Grieta, Guajara, Boca Tauce o la Cañada del Cedro.

Las “chozas” históricas presentan una planta de tendencia cuadrangular o semicircular, generalmente (ya que depende del relieve), con paredes hechas de piedra seca y techumbre vegetal -materiales recogidos *in situ*-, rara vez sobrepasando los dos metros de altura y cuya única entrada se halla en dirección contraria a los vientos dominantes. La tradición oral y la arqueología han constatado la presencia de hasta dos hogares, uno dentro y otro fuera de la vivienda -aunque lo habitual es solo un hogar confeccionado con tres piedras al exterior. Junto a esto, en las inmediaciones de la vivienda es frecuente la existencia de uno o varios corrales.

Un conjunto pastoril muy paradigmático se encuentra al pie de la Cañada del Cedro. Está formado por un corral de grandes dimensiones, otro más pequeño y cerrado, un pequeño recinto para encender el fuego y un espacio de habitación. La parte ubicada entre el muro protector y la pared natural aparecía tapada -con fines protectores-, empleando ramas de escobón y retama. El piso de la oquedad se encontraba recubierto con pinocha, utilizada como lecho para dormir, material que, además, recubre la estrecha concavidad situada al fondo de la habitación sobre lajas de piedra -que posiblemente fuera utilizada como despensa. Los materiales arqueológicos recogidos en este conjunto fueron un fragmento de muela superior de molino, un fragmento de obsidiana, un fragmento de cerámica aborigen y un fragmento de cerámica moderna. Esta presencia de elementos prehispánicos e históricos ha sido utilizada para sostener un uso ininterrumpido de este espacio hasta el pasado siglo (Lorenzo Perera, 1999: 310-313).

### **6.1.2. Espacios funerarios**

Se conocen alrededor de una decena de yacimientos funerarios en Las Cañadas del Teide. Lo cierto es que la mayoría ya se encontraban alterados cuando se estudiaron a mediados del siglo XX y de otros solo se conservan las noticias dadas por sus descubridores. Por el número de individuos encontrados, dimensiones y posición estratégica, el Llano de La Maja y la Cueva del Salitre se postulan como posibles necrópolis.

Entre los elementos constructivos, destaca el acondicionamiento de los espacios funerarios mediante muros y pavimentos. A ello hay que añadir la existencia de una escalera o rampa de acceso en los dos yacimientos mencionados, aunque no ha llegado a

precisarse por su mal estado de conservación; así como una estructura muraria de cierre de los depósitos funerarios -detectada en algunos yacimientos, como El Portillo o La Angostura (**Fig. 4**).



**Fig. 4.** Cavity sepulchral in the Cañada de La Angostura, in which the remains of the wall that closed the enclosure and the slabs of the interior conditioning are appreciated. Source: Núñez and Arnay, 2003. Image donated by M. Arnay.

Los cuerpos se encuentran casi siempre en decúbito supino y aparecen sobre un doble lecho pétreo-vegetal, formado por un catafalco de losas de piedras y una yacija hecha con elementos vegetales. Es generalizada la presencia del fuego o de maderas con síntomas de combustión, que obedecen a dos procesos: por un lado, el acondicionamiento de las maderas sobre las que descansa el cuerpo y, por otro, la elaboración de antorchas o hachones para iluminar la estancia o que formasen parte de algún ritual desconocido (Pou *et al.*, 2015: 310-312).

Las noticias recogidas en el siglo XIX y los posteriores estudios antropológicos, confirman la presencia compartida de individuos infantiles y adultos (tanto jóvenes como maduros de ambos sexos). Debido al desigual deterioro que presentan los yacimientos, los datos bioantropológicos resultan irregulares. Aunque sin llegar a plantear comportamientos funerarios diferenciados, llaman la atención algunas “peculiaridades” en la distribución de los individuos. En yacimientos como El Portillo y El Capricho el espacio es compartido por un número equivalente de hombres y mujeres: dos hombres sobre dos mujeres en El portillo y un hombre sobre una mujer en El Capricho. Esto ha llevado a pensar en una distribución en el grupo de difuntos según parejas o una distribución equitativa por sexos.

La Angostura podría ofrecer nuevas claves sobre esta particularidad. Pero, pese a que allí se constataron ocho individuos, de momento no hay estudios que hayan determinado el sexo de estos. En los yacimientos de Risco Verde, Montaña Blanca, El Cedro y Chajora contenían un único individuo varón adulto. Aunque la distribución por sexos y el hecho de que no se haya constatado depósitos individuales femeninos puedan parecer aparentemente significativos, aún no hay datos suficientes como para apreciar comportamientos funerarios de los aborígenes.

La Grieta y Cascajo son los dos yacimientos con enterramientos infantiles en la cumbre tinerfeña. Sobre ellos se han avanzado algunas consideraciones: en La Grieta se encontró un cadáver de seis años y en Cascajo un varón de siete años. En ambos no hay yacija vegetal ni catafalco, el suelo no se acondicionó, para como en los otros adultos separar el cuerpo del piso, colocándose al infante directamente sobre el suelo rocoso. Además, se trata de yacimientos próximos a espacios de habitación: en La Grieta tanto en las cercanías de dos escondrijos que contenían cerámicas como de estructuras de habitación; en Cascajo se hallaron cuevas de habitación próximas al sepulcro. Por tanto, se observa una contigüidad con espacios de habitación y no tanto a las vías o caminos tradicionales.

De manera que se ha estimado un factor diferenciador entre los yacimientos funerarios adultos y los infantiles. Parece como si hubiera un “rito funerario completo” para los adultos (pavimento mortuario preparado y alejados de las habitaciones), mientras que para los infantiles habría un “rito funerario incompleto” o “diferente” (depositados directamente en el suelo rocoso y próximos a los espacios habitacionales), porque de alguna manera no han alcanzado la edad adulta y siguen ligado al mundo de los vivos, siendo esta una interpretación ideológica que no ha podido precisarse (Pou *et al.*, 2015: 312-313).

Se ha hablado de *material asociado* a las tumbas, en general, ya que resulta difícil distinguir entre aquel que solo está vinculado al espacio funerario y el que pertenece al ajuar del difunto. Está formado por madera y pieles -en todos los yacimientos, pues forman parte del acondicionamiento y tratamiento del cadáver-, fauna, cerámica, obsidiana y cuentas de collar. Las pieles, cuyo estado de conservación y disposición varían según el yacimiento, se utilizarían como envoltura de los muertos.

Las pieles y los restos de sustancias vegetales son indicios a tener en cuenta para saber si existió una intención de conservar el cadáver en condiciones óptimas. Aunque no parece

haber una momificación *per se*, sino algún procedimiento de mirlado o secado (Pou *et al.*, 2015: 313-314). Tan sólo existen referencias y descripciones del hallazgo de restos momificados. Algunos restos con estas características han podido estudiarse, como es el caso de los depositados en la cueva sepulcral de Roque Blanco (Diego Cuscoy, 1960). Respecto a su distribución geográfica, hablamos de unos espacios funerarios dispersos, ubicados sobre todo en torno al circo de Las Cañadas y aprovechando las oquedades del terreno. Es habitual que estén bien comunicados, próximos a la red de caminos como Siete Cañadas o El Filo (Pou *et al.*, 2015: 314).

Hay que señalar que los restos humanos procedentes de estos espacios funerarios constituyen el material a partir del cual se han realizado dataciones radiométricas (C14 AMS), pilar fundamental para el estudio de la evolución diacrónica de la ocupación humana. Siete de los enclaves sepulcrales han dado cronologías que se corresponden con los siglos finales de la cultura aborigen (s. XIII al XVI). Además, en muestras óseas (**Fig. 5**) de 17 individuos de distintos enclaves funerarios de Las Cañadas se realizaron análisis paleonutricionales, que vienen a mostrar diferencias entre la dieta de los individuos más antiguos y los de fechas posteriores a la conquista (Pou *et al.*, 2015: 315).



**Fig. 5.** Estudios en restos humanos de la Cañada del Capricho. Imagen cedida por M. Arnay.

### **6.1.3. Espacios de producción**

En los inicios de la investigación en Las Cañadas ya se reconocían evidencias de otras actividades *complementarias* al pastoreo. Entre esas actividades podemos citar la industria lítica, cuya presencia en la alta montaña y características generales fueron definidas por Diego Cuscoy (Navarro y Clavijo, 2011: 109-110). El enfoque no cambiaría hasta los años 80; entonces comenzaron a plantearse como prácticas sistematizadas que,

lejos de ser meras actividades secundarias, tendrían un papel fundamental a la hora de entender el modo de vida en la alta montaña. Las últimas investigaciones sobre producción lítica han abordado la complejidad de los procesos productivos de la obtención de obsidiana. Asimismo, el estudio de canteras-taller como las de Cruz de Tea y Los Corrales, ha abierto una línea de investigación que tiene que ver con la explotación de recursos abióticos (Arnay, García, Marrero, Abreu y González, 2017b: 4).

Esa complejidad a la que hacemos referencia nos lleva a hablar de diferentes aspectos en el proceso de producción lítica de la alta montaña, empezando por el aprovisionamiento de materias primas. Técnicamente, se distinguen dos grandes grupos: por un lado, las rocas de grano grueso (RGG): basaltos, traquitas, fonolitas y otras rocas intermedias, muy distribuidas por la geografía insular; por otro, las rocas vítreas, principalmente la obsidiana (**Fig. 6**), cuya concentración es muy limitada y no siempre ofrece rocas de buena calidad, aptas para la talla y susceptibles de ser incorporadas al proceso de producción (Hernández, 2005: 727-728).



**Fig. 6.** Restos de talla de obsidiana procedentes del Tabonal de Los Guanches. Imagen cedida por M. Arnay.

De hecho, los principales centros de aprovisionamiento de obsidiana de *buena calidad* han quedado en el Tabonal de Los Guanches (cara norte del Teide) y el Tabonal Negro (Montaña Blanca). En oposición a la complejidad de producción obsidiánica, las rocas de grano grueso presentan un aprovisionamiento y gestión local, al estar mucho más presentes en la geografía isleña (Hernández, 2005: 732).

Pese a su dispar ubicación, ambos grupos líticos se imbrican en los contextos domésticos. Esto podemos observarlo en el registro arqueológico de Chasogo, donde las rocas de

grano grueso representan casi el mismo porcentaje (16%) que las obsidianas (17%). Lo que llama la atención del registro de RGG en Chasgo es la presencia muy superior de lascas frente a útiles ya configurados, presentando, en general, marcas de uso como desgastes e impactos, sobre todo en los útiles. Además, se han evidenciado piezas de molturación, fabricadas en un material mucho más poroso y liviano: el basalto vacuolar (Arnay *et al.*, 2017a: 118-119).

Debemos detenernos sobre esas piezas de molturación, también conocidas como molinos de mano, por ser indicadores del grado de especialización socioeconómica en el contexto aborigen de la alta montaña. Se han dado a conocer hasta tres áreas de aprovisionamiento de roca vacuolar: la Cañada de Pedro Méndez -documentada por Luis Diego Cuscoy en 1947-, la Montaña Cruz de Tea y Los Corrales. Como ya dijimos, estas dos últimas canteras han sido objeto de estudio en el marco de la explotación de recursos abióticos, hablándonos del proceso de fabricación de muelas de molino en rocas vacuolares.

En ambas existe una gran cantidad de roca vacuolar, conocida como “basalto” molinero, en bloques sueltos de diferente tamaño, pero aptos para la fabricación de muelas (**Fig. 7**). Además de presentar un excepcional estado de conservación, se relacionan con espacios donde hay abundantes evidencias arqueológicas de ocupación aborigen (Arnay *et al.*, 2017b: 4-5). Aunque no hablaremos sobre la vigencia de este tipo de asentamientos (las canteras-taller) en época posterior a la conquista, canteras como la de Cruz de Tea pueden ponerse en relación con un contexto de aparente carácter estacional, formado por conjuntos de estructuras habitacionales o domésticas. Las herramientas con las que se trabaja este tipo de materia prima, generalmente con forma de picos de basalto (**Fig. 8**), han sido encontradas en asentamientos donde se documenta la concentración de estructuras de aparente función habitacional.



**Fig. 7.** Molino fragmentado en elaboración (Cruz de Tea). Imagen cedida por M. Arnay.

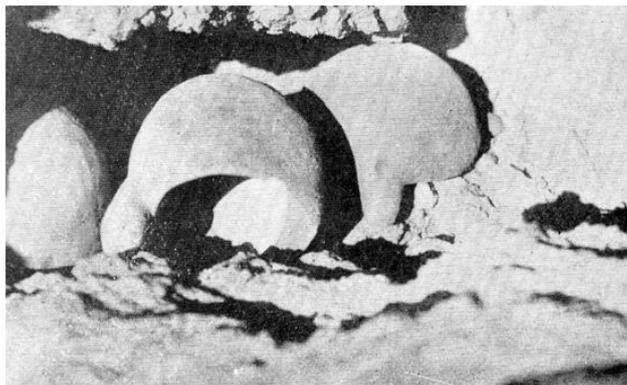


**Fig. 8.** Pico de basalto utilizado para fabricación de un molino. Imagen cedida por M. Arnay.

Recientes investigaciones tratan de esclarecer cuál es el modelo de ocupación en relación con el área de captación del material lítico vacuolar. Para ello proponen nuevas excavaciones arqueológicas, al objeto de obtener más datos que puedan compararse con los que ya se tienen de otras áreas como Montaña Chasogo. En estos últimos estudios se ha planteado un modelo de ocupación, en relación a este tipo de captación de recursos vacuolares en la alta montaña, que podría corresponder al siguiente esquema: una zona de talla en el entorno inmediato, con una distribución radial de las zonas de trabajo y de movilización de las piezas en el proceso de elaboración. De manera que, las primeras fases de la cadena operativa se encontrarían más próximas a las zonas de captación, encontrándose los elementos de molturación en las fases finales del trabajo, a medida que aumenta el radio de distancia (Arnay *et al.*, 2017b: 13).

#### 6.1.4. Producción cerámica

Siendo uno de los primeros aspectos estudiados en el proyecto arqueológico que comenzó en los años ochenta, se conocen muy bien las características de las producciones cerámicas halladas en el Parque Nacional del Teide. Uno de sus rasgos definitorios es la ubicación de muchos de los hallazgos en lugares conocidos como *escondrijos* (**Fig. 9**). Esto, aunque no es rasgo material directo, sí que viene a ser una expresión del uso de la cerámica en el contexto de la ocupación humana.



**Fig. 9.** Vasos cerámicos en escondrijos fotografiados por Luis Diego Cuscoy. Imagen cedida por M. Arnay.

El término *escondrijo*, acuñado por Luis Diego Cuscoy (Navarro y Clavijo, 2008: 31), se refiere a las pequeñas grietas u oquedades, abundantes en las coladas lávicas,

aprovechadas para depositar y resguardar utensilios como la cerámica (Arnay y González, 2006: 325-326). Generalmente, los vasos hallados en estos escondrijos presentan un buen estado de conservación y, aunque no todos se han encontrado enteros, son escasos los recipientes fragmentados (Arnay y González, 1987: 676-682). En cualquier caso, se trata de un tipo de yacimiento arqueológico repartido por toda la zona de Las Cañadas y que ha repercutido en la conservación de las evidencias cerámicas.

Las formas y características no se diferencian del resto de cerámicas halladas en Tenerife: encontramos vasijas hechas a mano, con formas de tendencia esférica, ovoide o elipsoidal, de dimensiones y capacidades variables, pudiendo llevar apéndices o elementos de sujeción de tipología diversa. En conjunto, están representados los tres grupos cerámicos de Tenerife, aunque parecen predominar las formas del grupo I (**Fig. 10**). En cuanto a la conservación de los hallazgos, los fragmentos de cerámica parecen más abundantes en los llanos, apareciendo asociados a contextos habitacionales e incluso a objetos líticos, o dispersos por áreas muy extensas (Arnay y González, 2006: 327-328).



**Fig. 10.** Vaso cerámico Grupo I.  
Imagen cedida por M. Arnay.

Esa presencia de fragmentos cerámicos en espacios habitacionales se observa, por ejemplo, en el yacimiento de Corredor de La Bola-I, donde se encontraron seis fracciones de cerámica del grupo I, junto a diez piezas líticas de obsidiana. También en Chasogo, donde fragmentos de cerámica de morfología muy homogénea pertenecientes solo al grupo I destacaban junto con una producción lítica en rocas de grano grueso (Arnay *et al.*, 2017: 116 y 119-120).

Aunque parece aceptada la necesidad *utilitaria* de los escondrijos, como una forma de preservar el menaje que los pastores utilizarían durante su trashumancia, se ha llegado a plantear que podrían ser “depósitos rituales” donde los aborígenes depositaban la

cerámica a modo de exvoto. Esta idea se apoya en la concepción religiosa que los aborígenes tenían del Teide y su entorno, así como en la comparación con fenómenos semejantes del mundo bereber.

El hecho de que los escondrijos no se den exclusivamente en Las Cañadas -pues también se localizan en malpaíses como el de Güímar- ha sido otro argumento a favor de considerar las cerámicas depositadas en ellos no como objetos cotidianos, sino como *cerámicas simbólicas* (Tejera, 1988: 62-63). Por otra parte, algunos estudios han interpretado la reutilización de estos escondrijos como una muestra del mantenimiento de rasgos culturales aborígenes en época histórica, basándose en el hallazgo de producciones cerámicas elaboradas tras de la conquista -aquellos vasos cerámicos cuyas características difieren de las tipologías aborígenes- (Lorenzo, 1990: 322).

Sin negar ninguna de las dos posibilidades -puesto que sabemos que Las Cañadas tuvo una posición preeminente en la cosmogonía aborígen-, lo que está claro es que el aprovechamiento de esas grietas u oquedades para la preservación de la cerámica constituye un paradigma de la interacción del ser humano con el territorio, al objeto de satisfacer una necesidad, ya fuera espiritual o tecnofuncional.

#### **6.1.5. Aprovechamiento de recursos bióticos**

Si producciones como la industria lítica y los molinos de mano nos hablan del consumo de recursos abióticos, los estudios bioarqueológicos informan de los recursos animales y vegetales. Ahora bien, cuando hablamos de estos recursos bióticos, tendemos a atribuirles un uso alimenticio. Lo que os dicen las evidencias es que no sólo constituirían una fuente nutricional para los grupos humanos, ofreciendo otro tipo de aprovechamiento.

En este sentido, resulta muy ilustrativo el yacimiento de Montaña Chasogo. Su completo registro arqueológico viene a indicar los posibles usos de los recursos faunísticos y vegetales en un contexto de esas características. Así, se ha evidenciado el uso de madera de *Pinus canariensis* como combustible y material de construcción. Pero también se apunta hacia un uso de los restos de fauna como potenciadores de la capacidad energética de los hogares, pues se han constatado fenómenos de calentamiento sobre hueso seco (Marrero *et al.*, 2017: 482-483).

El uso de recursos vegetales como la madera no se limita a contextos habitacionales. Ya hemos hablado de su doble utilización en espacios funerarios. Para conformar la *yacija* o capa vegetal que separa el cadáver del suelo, se identifican las especies del cedro, el pino, la retama y la sabina (a veces, también, el escobón), encontrándose los cadáveres de forma individualizada -separados por esos “estancos” vegetales- en yacimientos como El Portillo o las cañadas de El Capricho y cascajo . Por otra parte, está el uso de madera para conseguir una mejor iluminación del espacio o bien como parte de un ritual funerario (Pou *et al.*, 2015: 311-312).

En cuanto a la dieta, este ha sido un ámbito escasamente estudiado hasta la última década. Los hallazgos ya citados de piedras de molienda y el análisis intestinal de un cadáver parcialmente momificado reveló restos de *Hordeum sp.* (cebada) y *Triticum sp.* (trigo), lo que sugiere un consumo de estos recursos vegetales. Pero es que, además, en algunos espacios habitacionales se han encontrado huesos de cabra, lo cual es un indicio de consumo cárnico (Arnat *et al.*, 2011: 887).

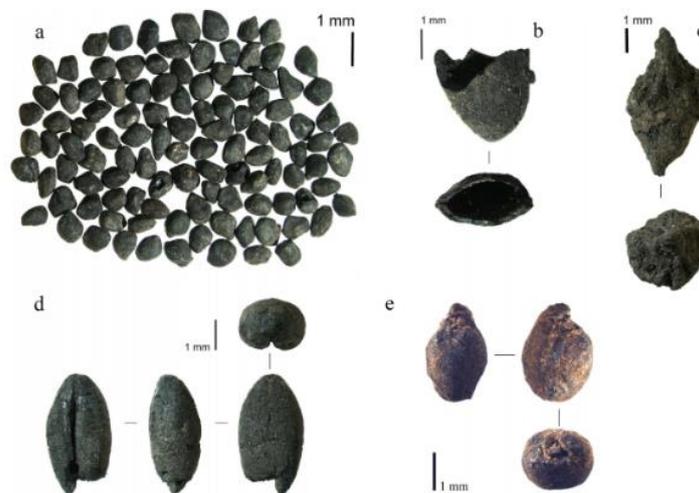
Las evidencias a partir de las cuáles ha podido inferirse el *patrón dietético* mantenido por las poblaciones de la alta montaña, han sido obtenidas de restos humanos en yacimientos sepulcrales de Las Cañadas (Arnay *et al.*, 2017a: 113). Un estudio realizado en 2011 se centró en el análisis de 17 individuos procedentes de distintos enclaves sepulcrales de Las Cañadas. Combinando procedimientos químicos (determinación de oligoelementos e isótopos estables) e histológicos, se observó un consumo de proteínas de origen animal y plantas en estos restos humanos.

Pero lo más interesante de este estudio es que pudo documentar un cambio en la dieta de las poblaciones de Las Cañadas tras la conquista de Tenerife. Los resultados mostraron que aquellos individuos procedentes de enterramientos con fechas posteriores a la conquista mantenían una dieta basada en un mayor consumo de recursos vegetales y un menor consumo de carne. Por el contrario, aquellos enterrados en yacimientos con fechas anteriores a la conquista muestran una dieta mixta -basada en el consumo de carne, cereales, leche y derivados-.

¿Cómo explicar estas diferencias? La tesis que responde a esa pregunta sostiene que, tras la conquista de Tenerife, los aborígenes que se resistieron a la imposición del “nuevo orden” social, político y económico castellano-europeo, vieron interrumpidas sus actividades de subsistencia, entre las cuales estaba la ganadería. Estos guanches,

identificados como los “alzados”, posiblemente se refugiaron en la cumbre, al margen de la ley. Pasaban así a depender mayoritariamente de plantas y animales silvestres, reduciéndose las posibilidades de mantener una economía agropecuaria (Arnay *et al.*, 2011: 893-894).

Recientemente, los resultados de un análisis sistemático en restos arqueobotánicos (Fig. ) de los yacimientos de Chasogo y Cruz de Tea, han aportado más información sobre el consumo de plantas salvajes en un contexto aborigen. El escaso número de muestras de cebada, único cultivo identificado en ambos yacimientos, sugiere que los guanches la obtendrían durante su trashumancia pastoril a tierras más bajas (Morales *et al.*, 2021: 7). En cambio, el mayor registro de semillas de especies silvestres (**Fig. 11**) como el amagante (*Cistus cf. Osbeckiifolius*), el pino (*Pinus canariensis*), el mocán (*Visnea mocanera*) y quizás la retama (*Spartocytisus cf. Supranubius*), indican que principalmente eran utilizadas como alimento, aunque también como combustible, madera (como es el caso de las plantas leñosas, como pinos y brezos) o para la producción de herramientas de piedra (Morales *et al.*, 2021: 10).



**Fig. 11.** Restos de semillas del yacimiento de Chasogo: a) *Cistus cf. osbeckiifolius*; b) *Pinus canariensis*; c) *Visnea mocanera*; d) *Hordeum vulgare* subsp. *vulgare*; e) *Spartocytisus cf. supranubius*. Fuente: Morales *et al.*, 2021.

La ganadería estacional de la población aborigen en Las Cañadas probablemente continuó durante la época histórica. Poco sabemos de los aprovechamientos de recursos naturales durante el Antiguo Régimen; las escasas posibilidades agrícolas de las cumbres explican por qué quedaron al margen del Repartimiento realizado entre 1496 y 1525. Para más

inri, las pocas referencias escritas se limitan a hablar del Teide y su espacio como una zona marginal (García *et al.*, 2015, p. 100)

Ahora bien, la investigación arqueológica ha incorporado una serie de evidencias sobre el aprovechamiento de recursos naturales que continuaron en Las Cañadas tras la conquista, siguiendo los modelos de explotación peninsulares. Entre el aprovechamiento de especies vegetales cabe destacar el pastoreo, carboneo, la recogida de leña y cisco o la apicultura; también los recursos hídricos, agua y nieve, junto a la extracción de minerales con fines diversos, como el azufre y la piedra pómez (Baucells, García, Arnay, 2006: 525).

La ganadería continuó siendo una actividad muy importante en los primeros años de la colonización. Aunque el registro arqueológico no permite concretar si hubo una función ligada a las labores de pastoreo, la investigación ha mostrado que buena parte de las evidencias arqueológicas pueden vincularse con las distintas actividades que involucraba la práctica pastoril. Entre esas actividades, la pernocta en un lugar seguro para el pastor y su rebaño. De ahí que muchos de los yacimientos catalogados como espacios habitacionales -cuevas naturales, abrigos y cabañas- puedan relacionarse con los antiguos usos pastoriles, destacándose el alto porcentaje de reutilización de los enclaves indígenas.

Es en las fuentes escritas donde encontramos los principales apoyos para afirmar la continuidad pastoril en Las Cañadas. Está documentado el paulatino retroceso que fue sufriendo la ganadería menor (cabras y ovejas) en Canarias desde el siglo XVI, cuando los repartos de tierras y la colonización agrícola empezaron a cobrar importancia. Este hecho llevaría al relegamiento del pastoreo de ganado menor hacia las cumbres. Así, en estos espacios despoblados se fue desarrollando una ganadería extensiva, que desaparecía a medida que las zonas de cultivos iban extendiéndose.

La explotación de la retama está vinculada a la práctica pastoril, al servir este arbusto de alimento para el ganado. Pero también a la producción de la tradicional miel de retama. De hecho, son innumerables los restos de asientos de colmenas, hoy en desuso, así como de los antiguos “corchos”. Sabino Berthelot describe claramente cómo la explotación del retamar era una vía sin la cual los habitantes de las Bandas no podrían subsistir. Los cabreros de la vertiente sur, sobre todo los de las medianías, ascendían con sus ganados en verano, transportando en mulos o camellos las colmenas (Arnay y González, 2009: 773-775).

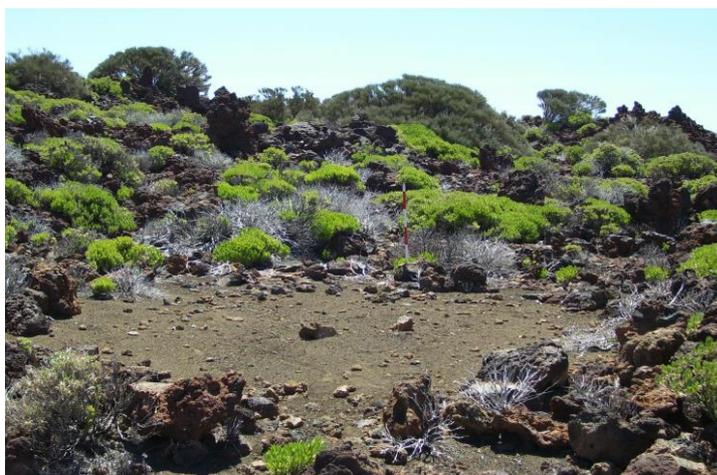
Otra de las explotaciones introducidas durante la colonización es la extracción de azufre, documentada desde principios del siglo XVI, en los Acuerdos y Datas del Cabildo de Tenerife (García *et al.*, 2015: 100), actividad compaginada con la extracción de nieve y hielo, cuyo registro arqueológico ha resultado ser mucho más palpable que el de la primera. Como evidencias de la explotación de este recurso hídrico nos han quedado los “neveros” (pozos artificiales para extraer la nieve), pero también lugares significativos cuya toponimia nos habla acerca del uso que tuvieron: la Cueva del Hielo, situada a más de 3200 m.s.n.m., donde se conservaba de forma natural y en grandes cantidades durante todo el año. Se tienen noticia de la construcción de estos pozos de nieve desde mediados del siglo XIX, aunque se trata de una evidencia anterior. Los más conocidos son los de Izaña, cuya construcción tendría lugar por esas fechas. No obstante, pese a que no hay referencia alguna acerca del uso de la nieve o el hielo por los guanches, en trabajos recientes se ha dejado constancia de evidencias arqueológicas relacionadas con la explotación de nieve y la existencia de neveros en las coladas negras del Teide asociados a cerámicas guanches (Arnay y González, 2009: 777-778).

El carboneo, como una de las actividades económicas complementarias practicadas por el campesinado de las comarcas limítrofes con Las Cañadas, ha dejado plena huella en el territorio. Las carboneras, término con el que popularmente se conoce al espacio donde se obtenía el carbón vegetal, son uno de los yacimientos más frecuentes en el PNT. Sin embargo, hasta los inicios del proyecto de inventario arqueológico, no habían sido catalogados atendiendo a su funcionalidad, siendo incluso confundidos con yacimientos aborígenes. Básicamente comprenden dos elementos estructurales: las estructuras circulares, que delimitan el interior del área donde se produce el carbón, y las estructuras rectangulares, cuya funcionalidad parece estar relacionada con el almacenamiento de la materia prima o manufacturada.

Las estructuras circulares están compuestas por piedras alineadas, más o menos del mismo tamaño, de una hilera y una hilada, cuyo interior está compuesto por arenas volcánicas y carbones. Esas arenas podrían considerarse como los restos de las carboneras propiamente dichas, ya que la transformación de leña en carbón debe hacerse en una atmósfera reductora, siendo entonces la arena el elemento que impide el contacto del oxígeno con la leña. Sus dimensiones oscilan entre los 5 y 8 m de diámetro. Por su parte, las estructuras rectangulares que aparecen cercanas a las circulares (no siempre visibles

desde aquellas), siendo, por lo general, de una hilada y de hasta 4 hileras en los casos mejor conservados, constituidas por rocas de tamaño regular.

La complejidad morfológica de estas estructuras ha determinado varios subtipos de carboneras. En primer lugar, las *carboneras sin estructura*, cuya sencilla disposición responden a un aprovechamiento breve, tanto en tiempo como en cantidad de recurso vegetal. Luego estarían las *carboneras simples con estructura* (**Fig. 12**), siendo esta circular y casi siempre estando asociadas a otra estructura de planta rectangular. Por último, debemos hablar de las *carboneras complejas con estructura*, compuestas por varias estructuras circulares y en menor medida rectangulares, ubicadas en llanos amplios, lejos de cualquier vía de comunicación y en cotas medias más elevadas que otras carboneras. Aún cuando no hay diferencias significativas entre estos tres subtipos, desde el punto de vista arqueológico, la mayor complejidad estructural de las carboneras con estructura nos estaría hablando de una práctica organizada para la obtención de gran cantidad de carbón vegetal, requiriendo un uso más prolongado del espacio.



**Fig. 12.** Aprovechamientos históricos: carbonera simple con estructura. Fuente: Baucells *et al.*, 2006.

La distribución espacial de las carboneras responde a varios factores. Lógicamente, uno de ellos sería la disponibilidad de los recursos naturales necesarios: leña -principalmente retama, *Spartocytisus supranubius*- y arena. Pero otro nos lleva a hablar de la complejidad social que hay detrás del carboneo (Baucells *et al.*, 2006: 529-533). Como práctica complementaria a las tareas agrícolas, se dio sobre todo en épocas de precariedad y al margen de la regulación existente (en un intercambio ilícito de carbón vegetal por trigo).

La alta demanda de madera venía principalmente de las islas orientales -las menos boscosas- y el desarrollo urbano. El campesinado pobre se encargaba de proporcionar los productos más demandados, a través de talas clandestinas, que primero tuvieron como objeto el monte verde y luego al retamar de cumbre (Arnay y González, 2009: 779).

Ese carácter clandestino de la actividad explica la ubicación de carboneras en lugares escondidos, pero donde se tuviera un dominio visual del territorio (hoyas y llanos entre coladas). Existe, además, otra característica significativa en la distribución espacial de las carboneras. Ya hemos referido su confusión con yacimientos prehispánicos, lo cual se debe a la presencia de restos de arqueológicos aborígenes, tanto en su interior como en las inmediaciones. Luis Diego Cuscoy ya responsabilizaba a los carboneros de no informar sobre los vestigios guanches. Explicaba el eminente arqueólogo que los carboneros, para “silenciar” su actividad clandestina, hacían desaparecer cualquier rastro del sitio donde la practicaban, lo que los llevaba también a remover los restos arqueológicos. Pero Diego Cuscoy también pensaba que los carboneros, en sus momentos de ocio, merodeaban por los parajes aledaños y hallaban casualmente objetos guanches, lo cual justificaba con la gran cantidad de cerámica destruida que encontró en el entorno y dentro de las carboneras (Álvarez Delgado, 1947: 39-41).

Se ha planteado que los restos arqueológicos aborígenes hallados en las carboneras no obedecerían tanto a esos momentos de ocio que citaba Diego Cuscoy como al establecimiento de la carbonera sobre un yacimiento aborigen. Además, se señala la presencia de carboneras a escasos metros de yacimientos aborígenes relativamente bien conservados. Ahora bien, los inventarios han permitido analizar la densidad de yacimientos aborígenes, mostrándose una distribución espacial sensiblemente distinta a la de las carboneras: la mayor parte de los yacimientos guanches se encuentran en los llanos cercanos al Circo de Las Cañadas, lugar que reúne las mejores condiciones de habitabilidad, mientras que en el resto del territorio se localizan yacimientos que parecen estar vinculados a un tipo de aprovechamiento de los recursos naturales (Baucells *et al.*, 2006: 533-534).

En última instancia podríamos hablar de una de las consecuencias derivadas del uso continuo del espacio y sus recursos: la alteración ecológica que ha ido conformando el actual paisaje del Parque Nacional del Teide. Prácticas como el aprovechamiento del retamar y el codeso explican en parte -pues también inciden condicionantes naturales como el clima adverso- la regresión y el detenimiento de una colonización vegetal de los

espacios volcánicos. Analizados en conjunto, los relatos de visitantes de Las Cañadas (procedentes de científicos, viajeros o ilustres locales) entre los siglos XVI y XX permiten deducir que entre esas centurias ya existía una escasa cubierta vegetal (Martínez *et al.*, 2009: 109). Los datos antracológicos han puesto de relieve las diferencias entre la masa boscosa de época prehispanica y la de época contemporánea, destacándose que condiciones ambientales propias del pinar se habrían dado en altitudes donde hoy son prácticamente inexistentes.

En este sentido, el registro de plantas leñosas en el yacimiento de Chasogo parece indicar que, en el pasado, debió existir un paisaje donde predominaban las condiciones del piso meso-canario, observando hoy las propias del piso supra-canario. Aunque se han barajado diferentes hipótesis para explicar la alta proporción de *Pinus canariensis* en el registro antracológico de Chasogo, todas giran en torno a la idea de que, en época aborigen, existía un paisaje diferente al actual. Sin embargo, los datos de Chasogo no pueden relacionarse con una alteración derivada de un continuo uso del espacio, como sí ocurre en Chafarí.

Ubicado en la misma franja altitudinal, Chafarí se ha relacionado con una serie de ocupaciones estacionales vinculadas a la trashumancia de grupos aborígenes. La parte superior de la secuencia antracológica presentaba un predominio de leguminosas leñosas que fueron interpretados como un cambio en el paisaje local derivados de la actividad humana -pastoreo intensivo y desarrollo de plantas forrajeras, principalmente-. En este caso, los datos antracológicos si son aplicables a la idea de que pueden detectarse cambios en el paisaje tras ocupaciones de larga duración, al contrario que Chasogo, donde no se detecta ningún impacto humano (Vidal Matutano *et al.*, 2019: 7-8).

### **6.1.6 Caminos y vías de comunicación**

Muchos de los senderos de la red actual del PNT derivan de antiguos caminos de época guanche. Su estudio resulta esencial en la medida que contribuyen al conocimiento histórico del territorio. Sin embargo, presentan un avanzado estado de alteración debido a años de actividad continua, unido a cambios coyunturales que también afectan a la red de caminos. Hemos de entender que la propia naturaleza de estas sendas es cambiante: atraviesan fases de creación, desarrollo, auge y desaparición. Hay que tener en cuenta que las coyunturas son causa de que, ocasionalmente, se produzcan cambios en la estructura y trazado del camino (Arnay *et al.*, 2017a: 124).

De manera que hoy no es fácil reconocer en el terreno las antiguas rutas guanches. Los métodos en los que la investigación ha puesto empeño para hacer frente a esta cuestión se centran en: 1) labores de prospección para ubicar el curso de estos antiguos caminos y 2) el registro de evidencias arqueológicas prehispánicas e históricas dispersas en torno a la ruta, cuyo estudio nos permita entender su relación con el poblamiento en la cumbre (Núñez y Arnay, 2003: 9).

Resulta lógico que encontremos evidencias arqueológicas de presencia humana en el entorno de rutas consideradas *importantes* en el pasado. El ejemplo mejor estudiado es el del Camino Real de Chasna, que tiene su origen en las antiguas rutas aborígenes de costa a cumbre. El trazado de estos caminos guanches atiende, por un lado, a la configuración geográfica de la isla de Tenerife y, por otro, a las formas económicas y sociales de las poblaciones prehispánicas.

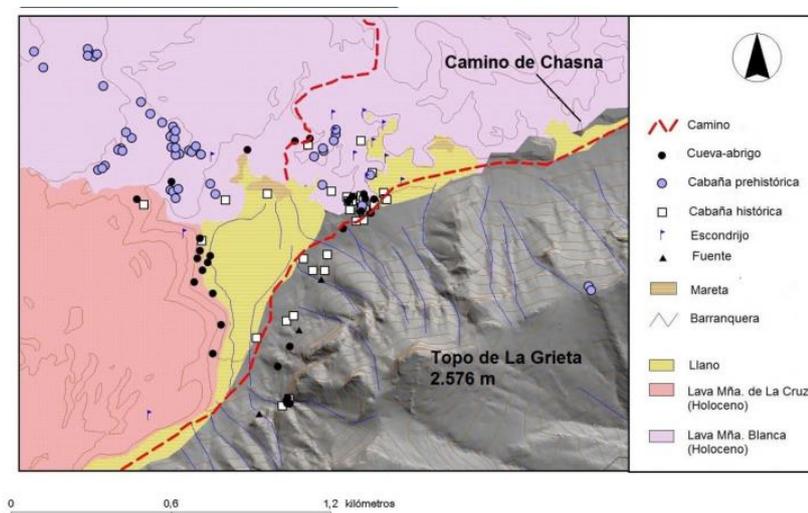
Los datos arqueológicos han sido la base para reconstruir las antiguas vías de comunicación; pero también desempeñan un papel importante las fuentes etnográficas y etnohistóricas. Aunque la aportación de estas últimas al conocimiento de las antiguas rutas es algo distinta: las crónicas posteriores a la conquista, si bien dejan entrever la presencia aborígen en la cumbre, apenas refieren datos sobre las rutas guanches y su papel en esa ocupación de la alta montaña (Núñez y Arnay, 2003: 15).

En efecto, el conocimiento de rutas como el Camino Real de Chasna procede mayoritariamente de las investigaciones arqueológicas y etnográficas. Partiendo de la “hipótesis pastoril” de Luis Diego Cuscoy, la vertebración de las antiguas rutas se iría dibujando con los desplazamientos costa-cumbre de pastores guanches y sus ganados. Ese conjunto de rutas configuraría una red de caminos reconocidos arqueológicamente y contrastados con la información oral de los pastores tradicionales (Núñez y Arnay, 2003: 18).

Por tanto, la función de las fuentes etnográficas es servir de apoyo a la investigación arqueológica en el conocimiento de las rutas que se originan en época prehispánica. Sabemos que, pese a la introducción de nuevas formas de explotación socioeconómica en la alta montaña, el pastoreo siguió durante mucho tiempo en manos de la población aborígen. Estos conocerían las rutas gracias a la información heredada de sus antepasados, pasando a las siguientes generaciones de pastores. Por ello, se ha tenido en cuenta el testimonio oral de los cabreros, pues son uno de los colectivos que, de alguna manera,

han conservado parte del modo de vida aborígen, lo que incluye el uso de los antiguos caminos para los desplazamientos hacia la cumbre (Núñez Pestano y Arnay de la Rosa, 2003: 22-23).

La actividad desarrollada por los grupos humanos prehispánicos e históricos en torno al camino, cuya evidencia nos ha llegado en forma de un reconocible registro arqueológico, debe ligarse a las ya mencionadas prácticas que estos grupos humanos llevaron a cabo en el territorio del PNT, como la explotación de los recursos bióticos y abióticos o una hipotética sacralización del espacio. El registro de esa actividad en torno al Camino Real de Chasna se concentra especialmente en el tramo que pasa por dentro del Circo, comprendiendo el actual sendero de las Siete Cañadas (**Fig. 13**).



**Fig. 13.** Disposición de unidades arqueológicas en torno al Camino Real de Chasna a su paso por la Cañada de La Grieta. Fuente: Criado *et al.*, 2015.

Encontramos tres tipos de unidades prehistóricas: en primer lugar, las estructuras constructivas, entre las que abundan las cabañas, siendo muy paradigmáticas las que hay en torno al tramo que pasa por el interior de Las Cañadas (en la Cañada de La Grieta, La Angostura o en el entorno de Guajara). Posiblemente estuvieran asociadas al pastoreo aborígen, ya que en las inmediaciones del camino podían cumplirse todas las necesidades relacionadas con la actividad ganadera.

En segundo lugar, tenemos las cavidades naturales, donde se incluyen los *escondrijos* de cerámica y aquellas usadas como lugar de habitación o espacio funerario. No son frecuentes las cuevas asociadas al trayecto del camino de tamaño apropiado, tanto

funerarias como habitacionales, estando además intensamente alteradas por su reutilización posterior. Los ejemplos de cuevas habitacionales próximas al Camino Real, como la de Diego Hernández o las del dorso de Guajara, nos muestran similitudes constructivas: un muro de piedra seca que cierra parcialmente la entrada de la cueva, un espacio interno de dimensiones variables y la proximidad de manantiales.

Por último, aquellos yacimientos sin estructuras visibles: importantes concentraciones de material arqueológico, principalmente fragmentos de cerámica y objetos líticos, que derivan de un uso reiterado del mismo lugar por los aborígenes. Su distribución es muy amplia, pero destacan los conjuntos localizados entre los tramos de El Portillo a Risco Verde y entre la Cañada del Montón de Trigo y la Cueva de Los Pastores (Núñez y Arnay, 2003: 24-31 y 35-37).

Las unidades arqueológicas históricas se han agrupado en las que derivan del pastoreo y aquellas relacionadas con la explotación de recursos naturales de la cumbre -los denominados “usos tradicionales”-. Las primeras corresponden a las “chozas” (ya descritas anteriormente), muchas veces coincidentes con las antiguas cabañas aborígenes, lo cual ocurre en zonas más ricas en recursos naturales como la Cañada de la Grieta. En torno al camino también han quedado restos de los aprovechamientos tradicionales: son numerosas las carboneras, así como los asientos, muros protectores y “corchos” en restos de colmenas.

En contraste, una importante actividad como la de los arrieros no se ha concretado en estructuras arqueológicas definidas y reconocibles, dejando un variado repertorio material de su paso por el camino y que está formado por cerámicas y lozas tradicionales o de importación, objetos de metal o madera. También existe una serie de evidencias arqueológicas de épocas más recientes, vinculadas con la historia de la ciencia fundamentalmente, pero que no han tenido mucho interés para la investigación: restos de observatorios astronómicos y meteorológicos (Guajara, Cañada de La Grieta) o estructuras usadas para la climatoterapia.

Un último apunte sobre las unidades prehispánicas e históricas es lo que se refiere a su distribución espacial y estado de conservación. Salvo en puntos muy concretos como el tramo de Siete Cañadas, las unidades prehistóricas no responden a los mismos patrones que las históricas. Estas últimas se han encontrado en mejor estado de conservación, sobre todo cuando se trata de estructuras habitacionales. Por otra parte, la abundancia de restos

en la cumbre es un factor que ha facilitado la localización del camino original en tramos como el de Siete Cañadas, si se compara con la escasez de restos arqueológicos en las franjas boscosas.

En términos generales, el trazado del Camino Real de Chasna obedece a su adaptación a la topografía de las zonas por las que discurre, la explotación de recursos disponibles en sus inmediaciones y al emplazamiento de fuentes de agua. Los puntos de aprovisionamiento hídrico no solo parecen determinar la trayectoria del camino, sino que en torno a estos se han localizado las mayores concentraciones de vestigios arqueológicos -prehispánicos e históricos-. Además, se identifican tres espacios por los que discurre el camino: las medianías, la zona de monte y la alta montaña. El paso por estas zonas y los aprovechamientos históricos realizados en cada una de ellas explican también que existan o no ciertos elementos. Por eso en la zona de la alta montaña, que es la que nos ocupa, la ausencia de agricultura explica que no encontremos muros que protegiesen los cultivos aledaños del paso del ganado. El tramo de Las Cañadas ha ido creándose a partir de un uso constante, sin notables obras de acondicionamiento (Núñez y Arnay, 2003: 37-40 y 52).

## ***6.2. Las cronologías. Evolución diacrónica del poblamiento***

¿Desde cuándo podemos hablar de ocupación humana? En los últimos años, la investigación se ha marcado como meta disponer de nuevas dataciones absolutas, elemento indispensable para avanzar en la evolución diacrónica del poblamiento. Sobre todo, se ha puesto atención en la temporalidad de la ocupación y presencia aborigen. A grandes rasgos, las evidencias de ocupación humana en Las Cañadas nos permiten hablar de dos grupos humanos culturalmente distintos: aborígenes y “alzados” guanches y luego gentes integradas en los modelos socioeconómicos establecidos en la colonización.

Ahora bien, la amplia distribución de evidencias y yacimientos prehispanicos frente a los históricos presupone una ocupación aborigen muy prolongada en el tiempo. La pregunta es: ¿hasta cuándo? Lo cierto es que, hasta hace unas décadas, la falta de dataciones absolutas no permitía responder con certeza a tal cuestión, por lo que aún había que apoyarse en las crónicas y relatos que, tras la conquista, informan de la presencia de “alzados” o resistentes guanches en la cumbre.

Aunque no constituyen evidencias sólidas para afirmar la continuidad de una presencia aborígen tras la conquista, debemos reseñar el papel de esas fuentes históricas. Gracias a esta documentación, sabemos que la llegada europea llevó al desplazamiento de las comunidades guanches hacia el interior de Tenerife, quedando constancia incluso de la resolución tomada por los bandos de guerra para refugiar los ganados en la cumbre (Rumeu de Armas, 2006: 303). Pero también sabemos que, una vez acabada la conquista, este lugar pasó a ser refugio de muchos “alzados” guanches, cuya presencia queda recogida en documentos escritos como los de André Thevet, quien, a finales del siglo XVI, informa de “canarios salvajes” que merodean por el Teide (Baucells Mesa, 2004: 176-177).

Al menos en los primeros instantes de la colonización, guanches y europeos debieron coexistir en el territorio isleño. Pero ¿cuánto tiempo duró esa coexistencia? Y en el caso de la alta montaña, ¿cuánto duró la presencia aborígen? Empezar a dar una respuesta ha sido posible gracias al estudio de restos óseos humanos procedentes de yacimientos sepulcrales. Se trata del material más idóneo para efectuar las dataciones radiométricas por C14 AMS, pero también para estudiar el comportamiento humano en la cumbre, como hemos visto en el caso de los estudios paleodietéticos.

Uno de los últimos estudios comprendió el análisis de 15 yacimientos sepulcrales, todos descubiertos entre los siglos XVIII-XX, tomándose las muestras óseas para datar de 9 de ellos. Se analizaron un total de diez muestras, procedentes del Llano de La Maja, Cueva del Salitre, El Portillo, Cañada de La Angostura, Cañada de La Grieta y Montaña Blanca. Las nuevas dataciones absolutas daban un rango cronológico que abarcaba desde el siglo V hasta el siglo XVII d.e. (**Fig. 14**).

Muestra yacimiento	Material muestra	Laboratorio	Cronología d. C.
Portillo	Hueso	University of Georgia, Athens.	1540-1652
C-34	humano		
Salitre	Hueso	University of Georgia, Athens.	1061-1179
SAL-3	humano		
Angostura	Hueso	University of Georgia, Athens.	1318-1394
Ang-5	humano		
Capricho	Hueso	Beta-Analytic	370-450
	humano	Beta-368410	
Salitre	Hueso	Beta-368412	1640-1680
Sal 2013/2	humano		
Llano de Maja	Hueso	Beta-368411	870-930
	humano		
Cascajo	Hueso	Beta-256483	1400-1450
CA77-7-24-15	humano		
Grieta	Hueso	Beta-256480	1020-1200
GR-09	humano		
Portillo	Hueso	Beta-256481	1430-1520
POR-B-38	humano		
Montaña Blanca	Hueso	Beta-256482	1310-1360
MB-09	humano		

**Fig 14.** Dataciones absolutas de restos humanos procedentes de yacimientos funerarios de Las Cañadas del Teide. Fuente: Arnay *et al.*, 2017a.

¿Qué nos indica esto? Por primera vez, disponemos de datos empíricos que nos permitan confirmar una presencia aborigen que se prolongó hasta dos siglos después de acabada la conquista (1496). Las fuentes escritas ya nos informaban de la existencia de estos “alzados” o resistentes guanches. Pero ahora, con estas dataciones procedentes de yacimientos aborígenes, tenemos información contrastada para hablar con seguridad de que, efectivamente, formas de vida guanches persistieron en la alta montaña tras el final de la conquista de Tenerife (Arnay *et al.*, 2017a: 111-113).

Tal y como decíamos al principio de este trabajo, si tenemos en cuenta una presencia humana desde el siglo V d.e. hasta día de hoy, estaríamos sin duda ante una humanización prácticamente sin interrupciones. Contar con fechas anteriores y posteriores a la conquista de Tenerife -hecho que marca un cambio social, político, económico y cultural-, nos permite observar un aspecto igual o más importante que la cronología de esa ocupación humana: se nos brinda la posibilidad de trazar la continuidad histórica de la presencia humana en el territorio del Parque Nacional del Teide, al analizar las continuidades y rupturas de aquellos aspectos de la ocupación humana que se daban en época prehispanica y continuaron en la época histórica.

## 7. Conclusiones y consideraciones finales

Analizando en conjunto todas estas evidencias arqueológicas, se presenta la idea de un espacio humanizado. Con este término nos referimos a un entorno donde la interacción entre el ser humano y el territorio se ha dado de tal forma que algunos de los rasgos y elementos observables en ese espacio no pueden entenderse sin la presencia e intervención humanas. En el territorio del Parque Nacional del Teide, ésta ha sido larga en el tiempo, prolongándose desde el siglo V d.e. hasta nuestros días.

Aunque en él hoy se dan actividades socioeconómicas muy distintas a las que se realizaron en la época guanche y durante los primeros siglos de la colonización castellana, este territorio ofrecía recursos vitales para la población aborigen. Observamos que, pese a las duras condiciones medioambientales, los guanches lograron adaptarse al entorno de la alta montaña, que les serviría de refugio para sobrevivir durante varias generaciones después de la conquista de Tenerife (Morales, 2019: 10). Además, no sólo las evidencias

de actividades socioeconómicas nos hablan de un espacio humanizado, sino también las complejidades observadas en algunos de los aspectos definidos en este trabajo.

En síntesis, las evidencias arqueológicas permiten una visión integral del poblamiento, desde los guanches hasta épocas recientes. A medida que se ha avanzado en la investigación, nuevos aspectos se han ido sumando al tema y, más que llevarnos hacia interpretaciones monolíticas, esos aspectos nos dicen que las razones de esa ocupación humana estarían fundamentadas en el uso social y económico de los recursos que ofrece el territorio. Es en las características particulares de las evidencias arqueológicas donde la investigación trata de ampliar información, de cara a entender las claves del poblamiento en la alta montaña tinerfeña, dentro del citado marco cronológico.

En esa visión integral tienen cabida una serie de continuidades y rupturas. El registro arqueológico nos deja evidencias de que determinados aspectos de la época aborígen siguieron tras la conquista de Tenerife -como las rutas pastoriles, el hábitat en superficie por la escasez de cuevas y las prácticas funerarias. Mientras que otros sufrieron cambios como consecuencia de la introducción de un nuevo modelo socioeconómico en la colonización -los patrones dietéticos son distintos en aquellos restos humanos fechados tras la conquista y el hábitat en superficie pasa a ubicarse cerca de los manantiales. Asimismo, otras rupturas detectadas en el registro arqueológico están relacionadas con el uso intensivo del espacio, como expresan los datos arqueobotánicos de Chafarí.

Desde el punto de vista metodológico, el estudio del patrimonio arqueológico en el PNT ha implicado una relación interdisciplinar entre etnografía y arqueología. Porque, aunque las fuentes etnográficas no permitan entender la complejidad en evidencias de época prehispánica, estas suponen una clave más para estudiar aquellos aspectos que han tenido una continuidad tras la conquista. Ejemplo de ello es el uso de testimonios basados en la tradición oral para el conocimiento de las rutas que los guanches utilizarían en la trashumancia costa-cumbre. También es paradigmática la relación entre las dataciones absolutas y las fuentes etnohistóricas: la amplitud cronológica de las muestras tomadas en yacimientos guanches, que nos dan fechas posteriores al siglo XV, concuerda con referencias escritas sobre la presencia aborígen en la cumbre tras la conquista.

En lo que atañe a la gestión del patrimonio arqueológico, los valores naturales reconocidos en el PNT no deberían prevalecer sobre los culturales. Y es que, desde la declaración del Parque Nacional en 1954 siempre ha prevalecido el criterio del

Patrimonio Natural, teniendo al estratovolcán Teide y su entorno natural como fundamento. No obstante, las investigaciones arqueológicas han ido poniendo de relieve esos valores culturales del PNT que hacen que su declaración como Patrimonio Natural de la Humanidad, actualmente pudiera entenderse más como Paisaje Cultural.

La Unesco define esta figura como “obras conjuntas del hombre y la naturaleza”, poniendo especial énfasis en la importancia de estos lugares como sitios capaces de mostrar y mantener la gran diversidad de interacciones entre el ser humano y su entorno, así como para proteger las culturas tradicionales vivas y preservar las huellas de las que han desaparecido. En otras palabras: testimonian el genio creativo, el desarrollo social, y la vitalidad imaginativa y espiritual de la humanidad, constituyendo, en conjunto, una parte sustancial de nuestra identidad colectiva. El artículo 1 de la Convención de Patrimonio Mundial incluye entre los bienes a declarar aquellas zonas y lugares arqueológicos cuyo valor resulta excepcional desde el punto de vista histórico, estético, etnológico o antropológico (Marín Cabrera *et al.*, 2018: 18-19).

Ubicado en la Caldera de Tejedá, el Paisaje Cultural de la Humanidad declarado en 2019 de Risco Caído y los espacios sagrados de montaña de Gran Canaria, reúne unos atributos que pueden alinearse con los valores histórico-culturales del Parque Nacional del Teide. Hablamos de un espacio donde también se entremezclan la huella humana y la naturaleza, ejemplar para lo que hoy se denominaría “arqueología del paisaje”.

En él podemos explorar cómo los seres humanos se han ido relacionando con el espacio geográfico a lo largo del tiempo, apropiándose de él, transformándolo con su trabajo y dotándolo de diferentes significados culturales. Su carácter dual como “paisaje relicto” (o “fósil”) y “paisaje vivo” viene marcado, respectivamente, por la existencia de enclaves aborígenes y la permanencia del hábitat troglodita en el modo de vida rural (Marín *et al.*, 2018: 31-38).

Podríamos situar estos paralelismos entre el PNT y las cumbres de Gran Canaria como argumento a favor de una política de gestión patrimonial que englobe todos sus valores históricos, naturales y culturales. Y es que esa dualidad entre “paisaje relicto” y “paisaje vivo” puede equipararse a las continuidades y rupturas de las que hablábamos en párrafos anteriores, como la pervivencia de las rutas pastoriles de época guanche y la reutilización de espacios donde hubo presencia aborígen.

¿No reúne el Parque Nacional del Teide valores que lo harían acorde a la figura del Paisaje Cultural? Para responder a esa pregunta, debemos basarnos en que el Paisaje Cultural se refiere a lugares “capaces de mostrar y mantener la gran diversidad de interacciones entre el ser humano y su entorno, así como para proteger las culturas tradicionales vivas y preservar las huellas de las que han desaparecido” (Marín *et al.*, 2018: 19). Basándonos en lo expuesto en este trabajo, el patrimonio arqueológico del PNT constituye un paradigma de esa interacción ser humano-entorno.

La definición de “obras conjuntas del hombre y la naturaleza” sería coherente con el patrimonio arqueológico del PNT, si tenemos en cuenta la fusión entre las expresiones humanas y el paisaje; por ejemplo, en los espacios de hábitat, donde se ha realizado una alteración y/o modificación del entorno, o en los escondrijos de cerámica, evidencia inequívoca de un aprovechamiento de la geología del entorno. Por todo ello, el Parque Nacional del Teide debería entenderse como Paisaje Cultural de la Humanidad, ya que se estaría abriendo la puerta a un mayor interés por la historia del desarrollo humano en el entorno protegido, mientras se fomenta la puesta en marcha de labores relacionadas con la protección, investigación y difusión de su patrimonio arqueológico.

## 8. Bibliografía

-Álvarez Delgado, J. (1947). *Excavaciones arqueológicas en Tenerife (Canarias), Plan Nacional 1944-1945*. Madrid: Ministerio de Educación Nacional, Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas.

-Arnay de la Rosa, M. (1982). *Arqueología en la Alta Montaña de Tenerife*. (Tesis doctoral inédita). Universidad de La Laguna.

-Arnay de la Rosa, M. y González Reimers, E. (1987). Nuevos aspectos decorativos de la cerámica aborigen de Tenerife. *Anuario de Estudios Atlánticos*, iss:33, 673-690. Madrid-Las Palmas. Recuperado de: <http://anuariosatlanticos.casadecolon.com/index.php/aea/article/view/541> (consultado el 17/03/2021)

-Arnay de la Rosa, M. y González Reimers, E. (2006). “El poblamiento prehistórico del Parque Nacional del Teide”. En Juan Carlos Carracedo (coord.) *et al.*, *Los volcanes del Parque Nacional del Teide: El Teide, Pico Viejo y las dorsales activas de Tenerife* (315-

341). Madrid: Organismo Autónomo de Parques Nacionales, Ministerio de Medio Ambiente.

-Arnay de la Rosa, M. y González Reimers, E. (2008) Investigaciones arqueológicas en el Parque Nacional del Teide. *VELEIA*, 24-25, 2007-2008, 1245-1256. Recuperado de: <https://ojs.ehu.es/index.php/Veleia/article/view/2115> (consultado el 17/05/2021)

-Arnay de la Rosa, Matilde y González Reimers, E. (2009). La ocupación humana de Las Cañadas del Teide a partir del siglo XV. En Esperanza Beltrán Tejera, Julio Afonso-Carrillo, Antonio García Gallo y Octavio Rodríguez Delgado (Eds.). *Homenaje al Prof. Dr. Wolfredo Wildpret de la Torre (767-783)*. La Laguna: Instituto de Estudios Canarios.

-Arnay de la Rosa, M.; González Reimers, E.; Yanes, Y.; Romanek, C.S.; Noakes, J.E.; and Galindo-Martín, L. (2011). Paleonutritional and Paleodietary Survey on Prehistoric Humans from Las Cañadas Del Teide (Tenerife, Canary Islands) Based on Chemical and Histological Analysis of Bone. *Journal of Archaeological Science*, 38, 884–895. Recuperado de: ELSEVIER Science Direct, <https://www.sciencedirect.com/accedys2.bbtk.ull.es/science/article/pii/S0305440310004176> (consultado el 17/05/2021)

-Arnay de la Rosa, M.; González Reimers, E.; Navarro Mederos, J.F.; Criado Hernández, C.; Clavijo Redondo, M.A.; García Ávila, C.; Marrero Salas, E. y Pou Hernández, S. (2017a). Estudios sobre el patrimonio arqueológico del Parque Nacional del Teide. *Proyectos de investigación en Parques Nacionales: 2012-2015*, 107-129. Madrid: Ministerio de Agricultura, pesca y alimentación. Red de Parques Nacionales. Recuperado de: <http://patrimonioarqueologicodelteide.com/publicaciones> (consultado el 17/05/2021)

-Arnay de la Rosa, M.; García Ávila, C.; Marrero Salas, E.; Abreu Hernández, I. y González Reimers, E. (2017b). Canteras taller en las Cañadas del Teide. Estudios preliminares sobre la producción de elementos de molturación guancho. *XXII Coloquio de Historia Canario-Americana* (2016), XXII-133. Recuperado de: <http://coloquioscanariasamerica.casadecolon.com/index.php/aea/article/view/10070>

-Baucells Mesa, S. (2004). *Crónicas, historias, relaciones y otros relatos: las fuentes narrativas del proceso de interacción cultural entre aborígenes canarios y europeos (siglos XIV a XVII)*. Las Palmas de Gran Canarias: Caja Rural de Canarias - El Museo Canario.

- Baucells Mesa, S.; García Ávila, J.C. y Arnay de la Rosa, M. (2006). Arqueología histórica de Alta Montaña en Tenerife. Las huellas de la subsistencia. *XIV Coloquio de Historia Canario-Americana* (522-548). Las Palmas de Gran Canaria.
- Clavijo Redondo, M.A. y Navarro Mederos, J.F. (2017). Las Cañadas del Teide: área de atención preferente de la Comisaría Provincial de Excavaciones Arqueológicas de Santa Cruz de Tenerife”. En M. Ayarzagüena Sanz, G. Mora, J. Salas Álvarez (Eds.). *150 años de historia de la Arqueología: teoría y método de una disciplina* (481-492). Madrid: Sociedad Española de Historia de la Arqueología, 2017.
- Criado, C.; Arnay, M.; González, E.; Navarro, J. F.; García, C.; Marrero, E. y Pou, S. (2015). Recursos Hídricos y poblamiento prehispánico en el Alto Tenerife. *Actas del II Workshop: Estudio, aprovechamiento y gestión del agua en terrenos e islas volcánicas* (175-182). Las Palmas de Gran Canaria.
- Diego Cuscoy, L. (Coord.), 1960. *Trabajos en torno a la cueva sepulcral del Roque Blanco (Tenerife)*. Publicaciones del Museo Arqueológico de Tenerife, 2. Excmo. Cabildo Insular de Tenerife. Servicio de Investigaciones Arqueológicas. Santa Cruz de Tenerife.
- Espinosa, A. de. (1980). *Del origen y milagros de la santa imagen de Nuestra Señora de Candelaria, que apareció en la isla de Tenerife, con la descripción de esta isla*. Introducción y notas de Alejandro Cioranescu. Santa Cruz de Tenerife: Goya Ediciones.
- Frutuoso, G. (2004 [1590]). Descripción de las Islas Canarias. Capítulos IX al XX del libro I de *Saudades da Terra*. Santa Cruz de Tenerife: Centro de la Cultura Popular Canaria.
- García Mesa, D.; Núñez Pestano, J.R. y Quirantes González, F. (2015). La lucha por la apropiación de los recursos y el fin de los aprovechamientos comunales en Las Cañadas del Teide: formas de propiedad o sistemas de gestión. *Revista de Historia Canaria*, 197 (mayo 2015), 97-142; ISSN: 0213-9472. Recuperado de: DIALNET, <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5133108> (consultado el 17/05/2021)
- Hernández Gómez, C.M. (2005). *Territorios de aprovisionamiento y sistemas de explotación de las materias primas líticas de la prehistoria de Tenerife*. (Tesis Doctoral). Facultad de Geografía de Historia. Universidad de La Laguna.

- Lorenzo Perera, M. (1990). Datos para el estudio del pastoreo de Las Cañadas del Teide. En *Homenaje al Profesor Dr. Telesforo Bravo*. Tomo II (301-335). Universidad de La Laguna.
- Marín Cabrera, C.; León Hernández, J. de; Cuenca Sanabria, J.; Guillén Medina, J.J. (2018). *El paisaje cultural de Risco Caído y los espacios sagrados de montaña de Gran Canaria y el Patrimonio mundial*. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo de Gran Canaria. Recuperado de: <https://riscocaido.grancanaria.com/-/libro-01?inheritRedirect=true&redirect=%2Fpublicaciones> (consultado el 17/05/2021)
- Marín de Cubas, T. A. (1993 [1694]). *Historia de las siete islas de Canaria*. La Laguna: Globo Ediciones.
- Marrero Salas, E.; Arnay de la Rosa, M.; García Ávila, J.C.; Criado Hernández, C.; González Reimers, E. y Pou Hernández, S. (2017). ¿Qué es Chasogo? Un enclave excepcional en la alta montaña de Tenerife. *X Jornadas de Jóvenes en Investigación Arqueológica* (477-488). Burgos.
- Martínez de Pisón, E.; Arozena, M.E.; Beltrán, E. y Romero, C. (2009). *Los paisajes del parque nacional del Teide, la geografía de un patrimonio natural mundial*. Madrid: Organismo Autónomo de Parques Nacionales.
- Méndez Pérez, Tomás. (2009) *Antecedentes históricos del Teide y Las Cañadas*. La Orotava.
- Morales, J.; Vidal-Matutano, P.; Marrero-Salas, E.; Henríquez-Valido, P.; Lacave-Hernández, A.; García-Ávila, J. C.; Abreu-Hernández, I.; Arnay de la Rosa, M. (2021). High-mountain plant use and management: macro-botanical data from the pre-Hispanic sites of Chasogo and Cruz de Tea, 13–17th centuries AD, Tenerife (Canary Islands, Spain). *Journal of Archaeological Science*, 35, 1-12. Recuperado de: [https://www-sciencedirect-com.accedys2.bbtk.uill.es/science/article/pii/S2352409X20305216](https://www.sciencedirect-com.accedys2.bbtk.uill.es/science/article/pii/S2352409X20305216) (consultado el 17/05/2021)
- Navarro Mederos, J.F.; Clavijo Redondo, M.A. (Eds.). (2013). *Luis Diego Cuscoy: estudios sobre el pastoreo*. La Laguna: Instituto de Estudios Canarios.
- Navarro Mederos, J.F.; Clavijo, M.A. (2008). Estudio introductorio a *Los Guanches*. En Diego Cuscoy, L. *Los guanches. Vida y Cultura del primitivo habitante de Tenerife*.

Edición de J.F. Navarro Mederos y M. A. Clavijo (9-37). La Laguna: Instituto de Estudios Canarios.

-Núñez Pestano, J.R. y Arnay de la Rosa, M. (Coords.). (2003). *Estudio histórico del Camino Real de Chasna*. Organismo Autónomo de Parques Nacionales. Ministerio de Medio Ambiente.

-Rumeu de Armas, A. (2006). *La conquista de Tenerife (1494-1496)*. La Laguna: Instituto de Estudios Canarios.

-Tejera Gaspar, Antonio. (1988). *La religión de los guanches. Ritos, mitos y leyendas*. Santa Cruz de Tenerife: Caja General de ahorros.

-Pou Hernández, S. Arnay de la Rosa, M., García Ávila, C., Marrero Salas, E. & González Reimers, E. 2015. “Arqueología funeraria en la alta montaña de Tenerife (Islas Canarias)”. En G. Branco, L. Rocha, C. Duarte, J. de Olivera y P. Bueno Ramírez (eds.), *Arqueologia de Transição: o Mundo Funerário. Actas do II Congresso Internacional sobre Arqueologia de Transição* (29 de abril a 1 de Maio, 2013), CHAIA, 307-317. Évora: Universidad de Évora.

-Vidal Matutano, P.; Alberto Barroso, V.; Marrero Salas, E.; García Ávila, J. C.; Pou, S. y M. Arnay de la Rosa, M. (2019). Vitriified Wood Charcoal anividad Burnt Bones from the Pre-Hispanic Site of Chasogo (Tenerife, Canary Islands, Spain). *Journal of Archaeological Science*, 28, 1-6. Recuperado de: <https://www-sciencedirect-com.accedys2.bbtk.ull.es/science/article/pii/S2352409X19302202> (consultado el 18/05/2021)

## **Legislación**

-Decreto de 22 de enero de 1954, por el que se crea el Parque Nacional del Teide (Canarias). Boletín Oficial del Estado, nº35, de 4 de febrero de 1954. URL: <https://www.boe.es/buscar/act.php?id=BOE-A-1954-1459> (consultado el 01/03/202)